intervalo ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS de

Josephine Bernard • Cristobal M. Paz • Gonzalo Hernández
Carlos Nodier • Carlos R. de Paoli • Pedro M. Mazzino
Roy Theodore • Neal Adams • Edmundo About

HOY
EL DOCTOR ZHIVAGO
por Boris Pasternak

intervalo ALBUM

V-66

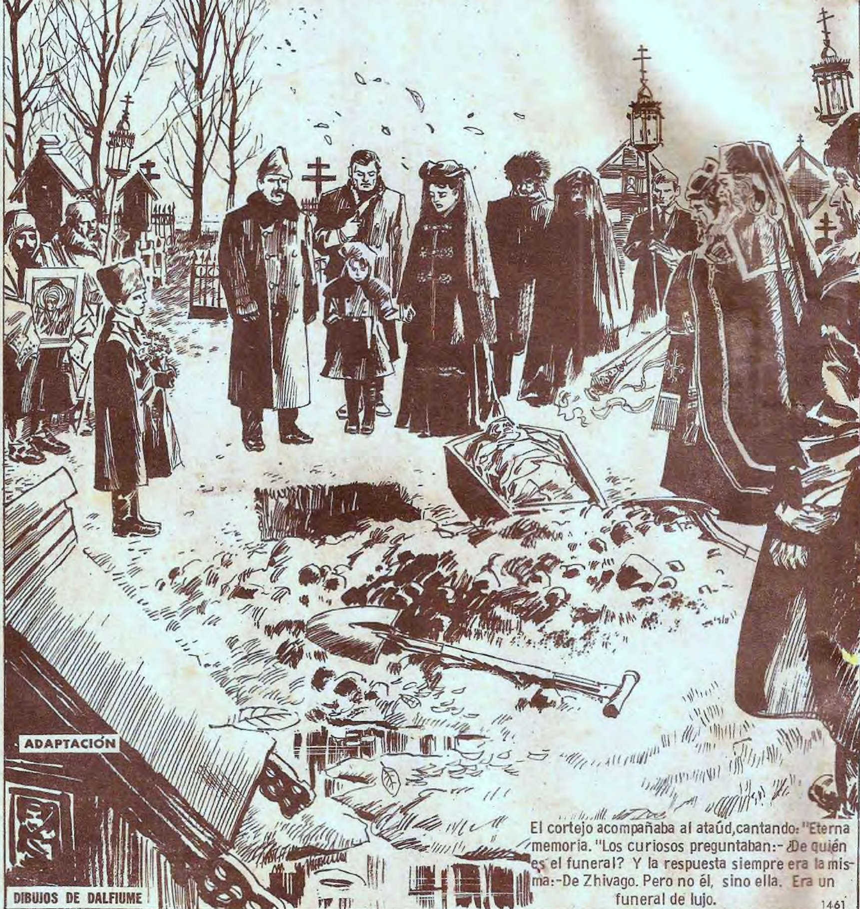


DOCTOR ZHIVAGO

EL ENSUEÑO

Por BORIS PASTERNAK

Superproducción Carlo Ponti, distribuída mundialmente por la M-G-M con la dirección del varias veces laureado David Lean, en Metrocolor, e interpretación central a cargo de Omar Shariff, Geraldine Chaplin, Alec Guiness, Julies Christie, Rod Steiger, Tom Courtenay y Sir Ralph Richardson.



ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DALFIUME

El cortejo acompañaba al ataúd, cantando: "Eterna memoria. "Los curiosos preguntaban:- ¿De quién es el funeral? Y la respuesta siempre era la misma:-De Zhivago. Pero no él, sino ella. Era un funeral de lujo.

Poco después, el muchachito se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos. Iban a enterrar a su madre. El tío lo acarició. -Bueno, bueno, Jurij. Bueno, ¡mi pobre muchachito!



Después, en una época en que el viento y la lluvia golpeaba con fríos latigazos, el padre de Jurij se marchó del pueblo, de la hacienda cerca de Jurjatin. El padre de Jurij Zhivago era un hombre libre, de espíritu alegre. Se marchó del pueblo con el hermano de Jurij. Con Egraf.



Al mismo tiempo, Jurij quedaba a cargo de los viejos amigos: los Gromeko. Del profesor de agronomía Alex Gromeko, y su esposa Anna.



En un primer momento el niño no dio importancia a Tonya Gromeko, pero con el correr del tiempo ella se mostró tan gentil, tan delicada, que necesariamente atrajo la atención del muchachito.



Jurij supo muy poco de su padre, durante los años de sus estudios secundarios. Enredado en negocios de todo tipo, el señor Zhivago murió más tarde, repentinamente. El profesor Gromeko recibió aquella lúgubre carta de Nicolai; su cuñado, y luego habló con Jurij:



De ese tiempo triste partió la afición del joven estudiante Jurij Zhivago hacia la poesía. Escribía versos para consolarse de una soledad que no era tal, pues a su lado estaban los Gromeko. Estaba Tonya.



En el verano de 1911, los Gromeko y Jurij Zhivago marcharon a Moscú. El movimiento social era importante. En una fiesta, Jurij conoció a madame Alice y sus hijas; principalmente Lara Fedorovna, una rubiecilla esbelta y vivaz. Lara era muy distinta a Tonya, siempre callada y apenas sonriente.



Cuando los Gromeko y Jurij no estaban en Moscú, circunstancialmente, Lara Fedorovna tuvo la desgracia de conocer a Ylya Komarovsky, abogado y hombre de palabra fácil. Llevaba más de quince años a la joven y puso en su cabecita un sin fin de mentiras, de quimeras.



Días más tarde, Lara Fedorovna vio a Ylya en un coche cerrado, haciéndole el amor a una hermosa morena de pálido rostro. Comprendió el engaño. ¿Y por ese "señor" había dejado de lado a Pasha Antipov? Pasha, un estudiante, un desesperado por la filosofía, había sido vencido por el demagógico Ylya Komarovsky.



En medio de una fiesta, Lara-sorpresivamente-emergió con un revólver en la diestra y efectuó varios disparos sobre Komarovsky.



Su crisis de melancolía terminó esa noche, cuando hirió levemente al diabólico abogado. Desde esa noche, Lara Fedorovna se sintió mujer.



Ella no quiso contar sus desgracias. En lo íntimo de su corazón reservaba lo pasado, mientras se iba agrandando la figura pequeña y algo frágil del estudiante Pasha Antipov.



Ocasionalmente en esa reunión, Jurij Zhivago, ya con las primeras nociones aprendidas, atendió al herido, que sonreía con esfuerzo.



El cínico Komarovsky no podía engañar a Jurij, pero el futuro médico no abrió los labios mientras lavaba la herida del abogado. Después, por intervención de varios gentiles caballeros, el grave suceso no pasó a mayores, y Lara fue acompañada hasta su casa. Cuando quedó sola, Lara ganó nuevamente la calle...



...yendo al encuentro de Pasha. El joven estudiaba con ahinco cuando se encontró con el pálido y hermoso rostro de Lara.
-¡Oyeme, estoy en dificultades! ¡No te asustes ni me preguntes nada, pero...! Se mordió los labios, mientras Pasha no sabía qué hacer.



Aquel invierno en Moscú-al parecer los Gromeko deseaban instalarse definitivamente en Moscú- Jurij Zhivago estaba escribiendo su tesis sobre los elementos nerviosos de la retina cuando reparó en Tonya. La jovencita tímida e insignificante era ya una mujer. Con su fino vestido rosa de esa noche, cautivó a Jurij...



...alejando de la mente del joven médico a Lara Fedorovna. Por otra parte, Lara y Pasha se habían casado. Se habían marchado para siempre.



¿Y Komarovsky? El un tanto obeso abogado, de las sienes grises y la risa profunda, seguía siendo importante en la vida de Moscú. En el club los amigos le rodeaban haciéndoles mil preguntas. Para todos tenía una respuesta el "enteradísimo" abogado Ylya Komarovsky; el galanteador incansable.



En la fiesta de esa noche de invierno, y mientras los caballeros hablaban sobre la agitada política internacional de esos días, unas pocas parejas bailaban. Tonya y Jurij, entre éstas. El pañuelito de la joven estaba en la mano de Jurij. Emanaba de él un dulce aroma. Era algo nuevo que Jurij jamás había sentido así.



Al regresar a casa, Anna, la madre de Tonya, se descompuso y cayó en cama para no levantarse más. Cuando falleció, Tonya estuvo sumergida, sumida en un delirio que no le permitía conocer a nadie. Jurij la fue reanimando mientras rezaban juntos por el alma de Anna Gromeko.



...pero en ese triste instante, Jurij Zhivago imaginó a la dulce Tonya caminando bajo la corona de oro de los esponsales. ¡Iba a casarse con ella! Era lo inevitable.



Y en esa mañana gris, fría, dejó de pensar en Lara, la distante Lara, viviendo en su nuevo hogar de la lejanísima Jurjatin, en los Urales.



En la sala de cirugía del Hospital Krestovozdvizenskaia, Jurij Zhivago inició su carrera médica , cuando se produjo el abandono de Galitzia por las tropas rusas, ya retrocediendo en todos los frentes.



La lluvia caía, monótona, molesta. El doctor Jurij Zhivago caminaba con una intensa preocupación. En una sala cercana estaba internada Tonya. Su esposa, que iba a ser madre.



Se llevaron al doctor Zhivago a otra sala. Una operación urgente. Un soldado con la tapa de los sesos levantada. Era la sexta operación de ese tipo que realizaba.



Mientras Jurij Zhivago estuvo envuelto en el trajín de aquella difícil operación, Tonya daba a luz una criatura del sexo masculino.



Agregó el médico-jefe de la sala.- La hizo sufrir un poquito este tunante. Tonya yacía en medio de la sala, sobre la camilla con el respaldar móvil levantado en alto. Era como una barca que hubiese cumplido la travesía del mar de la muerte, y volvía al continente con nuevas almas, emigradas Dios sabe de dónde.

Lejos, muy lejos de Moscú, en Jurjatin, el profesor de historia Pasha Antipov, que siempre regañaba a su mujer considerándola muy poco culta, se alistó para ir a la guerra.



El hijo del ferroviario Antipov dio un beso a su mujer y su hija, marchándose una tarde del otoño de 1915, frente a la desesperación de Lara. -¡Pronto luciré un sable de oficial! -, dijo él, sonriendo tontamente detrás de sus gafas.



Ella podía seguir trabajando en el Liceo, y estudiando para progresar, pero en la casa solitaria, ella y la pequeña. Nadie más. ¡Tantas y tantas tardes lloró la pobre Lara, abrazada a su hijita!



Después le llegó una carta de Pasha. Era subteniente. Había sido enviado de improviso a determinada zona de operaciones. Parecía contento. Pero esas cartas dejaron de llegar. Y Lara pensó en lo peor. En el tiempo posterior no tuvo noticias de Pasha. Entonces, como otras damas benefactoras del distrito, prestó su ayuda al hospital...

...en calidad de enfermera. Los heridos llegaban de todas partes en la Rusia que se doblegaba por la derrota. Lara rindió examen como enfermera, y recibió su diploma.



Poco tiempo más tarde, viajaba a Moscú con Katenka en brazos. Iba a indagar por su cuenta sobre el paradero del marido. De allí que se incorporó a aquel tren sanitario organizado por la hija del Zar: la admirada Tatiana. En Liski alguien le dijo: -El subteniente Antipov cayó prisionero de los alemanes.

El informante era también subteniente y conocía a Pasha desde la infancia. Galiullin-ese era su nombre-se mostró muy amable con Lara, pero ella no necesitaba ayuda de ninguna especie, retornando al tren sanitario...



...mientras el horizonte-cerca del frente-lucía rojizo por el fragor sin interrupción de la artillería. Dos hombres, ataviados de blanco, conversaban sobre los últimos sucesos. Uno de ellos era el doctor Zhivago. -El "Berta", el diez y seis pulgadas alemán, es un juguete para ellos-, suspiró Jurij, mientras de los campos...



.. llegaba ese persistente olor a cadáver. "Entre el cáñamo de Liski los soldados caen muertos, y allí se descomponen", pensó con pena.



Entraban a otros heridos. Los médicos se apresuraban a atenderlos. Como testigos, algunas caras nuevas en ese hospital.



Las enfermeras, señoras Favrev, Antipov...

Jurij Zhivago encontró la mirada de Lara, pero los heridos gemían y había que intervenirlos; tratar de recuperarlos para Rusia. Apresuradamente se alejó junto a la camilla del muchacho moribundo.



Esa misma noche los médicos del hospital de Liski fueron despertados por un descomunal barullo:-¡Los alemanes han roto la resistencia!-, gritaba la calle. Y todos corrían acualquier parte.



Desmontaron el hospital y los útiles, transportándolos de apuro.







De pronto, un "shrapnel" alcanzó a Jurij Zhivago, hiriéndolo. El también cayó sobre la tierra mojada, barrosa, perdiendo el conocimiento.



Despertó en el tren que levaba a los evacuados hacia la zona occidental. Allí permaneció hasta los días más templados de fines de febrero, leyendo las muchas cartas de Tonya.



Era una mañana con pálido sol. Se abrió la puerta del hospital y una esbelta mujer rubia avanzó hasta la pila de diarios y correspondencia. Era nueva allí. Se llamaba Lara Fedorovna, y para algunos era "la viuda de Antipov".



Entre los heridos de esa mañana estaba el subteniente Galiullin, el viejo amigo de Pasha. Lara lo escuchaba con lágrimas en los ojos mientras el joven oficial le contaba del heroísmo del desaparecido.



Jurij Zhivago la miraba con profundo pesar. Era la tercera ocasión en que veía a esa mujer, y siempre envuelta en graves problemas. Caía la tarde y la enfermera se limpió los lindos ojos arrasados por las lágrimas. Se puso en pie, valientemente, y reanudó sus tareas.



Cuando ella se alejó, el subteniente dijo a Zhivago:-¡Esta maldita guerra! ¡Cómo aja a las mujeres! ¡Especialmente a las bellas! Lara iba a paso rápido. Pensaba en su hogar de Jurgatin, en la hijita que estaba con una familia amiga en Moscú. Y volvió a llorar.



Esa noche llegaron noticias estremecedoras al sitio donde convalescía Zhivago:-¡Desorden en la plaza de San Petersburgo! ¡La tropa de la guarnición se pasó a los insurrectos! ¡Es la revolución!



Cada día crecían las obligaciones del recuperado Jurij Zhivago, y esas tareas lograban que el médico y la enfermera Lara Fedorovna se encontraran frecuentemente. Entre ellos, el dolor y la muerte de los otros.



Jurij escribía a Tonya: "El desorden, la anarquía, continúan en nuestro ejército. Se toman urgentes medidas para mejorar la disciplina." Otra vez, para no mencionar tantas cosas amargas que ocurrían a su alrededor, habló de Lara Fedorovna y del ahora teniente Galiullin, diciendo que eran magníficos compañeros, en medio de las dificultades.



El profesor Alex Gromeko tenía sobre sus rodillas al hijito de Zhivago, pero estaba pensando en los acontecimientos recientes.



Tonya escribía, y Jurij descubría las huellas de las lágrimas sobre el papel:"Nuestro Sasenka crece.¡Si lo vieras! ¡Está hermoso! Te prometo que lo educaré según las reglas que has visto siempre en nuestra casa.



Jurij seguía siendo un hombre demasiado sensible. No, la guerra, los horrores pasados, no lo habían cambiado. Su casa, los suyos, sus queridos recuerdos, seguían lastimándolo como en el primer día de alejamiento.



En parte, el teniente Galiullin-¡de magnífico carácter!-, y la agradable Lara, conseguían suavizar la amargura que rodeaba al doctor Zhivago, allí en la recién declarada "república del fanático molinero Blasejko", que había logrado separar Zybusino del resto de Rusia. Pululaban los proscritos. Y había más peleas. Y muertos.

El hospital de Zybusino estaba instalado en el palacio de la condesa de Zabrinsky, que desde el principio de la guerra lo había cedido sin la menos vacilación. Ahora la condesa había tenido que marcharse, y voces airadas, gritaban:-¡Matadla!



Se preparaba una impresionante ofensiva, y el nuevo"comisario de zona"-decían algunos que era hombre joven-instituyó tribunales militares revolucionarios, restableciendo la pena de muerte. Todo estaba en proyectos e hipótesis, pero los augurios no eran buenos. Un grupo de "bandidos del bosque", enemigos del molinero Blasejko...

...habían vuelto a incursionar por Zybusino, abriendo el fuego y matando a los que dominaban "Traidores de Rusia". Eran horas de confusión extraordinaria.



En el hospital, Lara planchaba una gran pila de ropa, mientras los pensamientos iban en busca de sus seres queridos.



Cuando terminó de planchar comprendió que estaba sola. Que su marido-según lo dicho por el teniente Galiullin-había muerto. Ni siquiera la libraba de su soledad el dulce recuerdo de Katenka, la hijita.



Leales al gobierno y revolucionarios sostenían un nuevo tiroteo, mientras la gente se reunía en la plaza del pueblo a escuchar al molinero Blasejko, y algunos le hacían preguntas, y otros le insultaban.













Cuando Jurij Zhivago abandonó el quirófano del improvisado hospital-la intervención había sido exitosa- supo de la partida de Lara.



Ella le había parecido hermosa pero muy poco sentimental, aunque en ocaciones lloraba silenciosamente y en los rincones. Prefirió guardar este último recuerdo de Lara; la extraña Larissa. Tres semanas más tarde, Zhivago se aprestaba para viajar a Moscú. El teniente Galiullin había desaparecido-¡también él misteriosamente! -, misteriosamente...



A Jurij le parecía mentira. El tren partía de aquella Zybusino envuelta en el caos. ¿El resto del camino sería igual? En Gladhiev presenció un hecho terrible. Vio a un uniformado corriendo entre dos trenes detenidos, mientras varios que lo perseguían lo tiroteaban.









...a pesar que en toda su vida se había esforzado por amar a sus semejantes, a la belleza, y en primer lugar a su familia, y a sus amigos. El tren ahora corría velozmente. Cerca, en el campo, los tilos susurraban. Era Kaluga, la provincia anterior a Moscú.



Así dos horas más, cuando en una incierta claridad, el doctor Zhivago reencontróse con la vista del templo de Cristo Salvador, y un instante después con las cúpulas, los techos, las casas, y los caminos de Moscú.



Luego, el cochero y su rodado aún impecable. La plaza Smolenks...



El cochero contestó:-La revolución. Parecía una gallarda estampa del pasado; un cos rebelde de los viejos tiempos, y que jamás sería atrapado por ninguna contingencia del presente.



Un gentío enorme impedía pasar por la Smolenks. El cochero dobló por una calleja. Sobre su espalda daba el sol, produciendo reflejos cobrizos. Volaban hojas de papel impreso. El caballo las atropellaba con bastante recelo, mientras el cochero gruñía.



Poco después, el rodado se detuvo en la dirección indicada. -Llegamos, señor-, exclamó el cochero. Jurij se sentía falto de respiración, con el corazón acelerado.



Hizo sonar la campanilla. Nadie venía a abrir.



¡Cuántas semanas habían pasado luego de la última carta de Tonya!



Sintió pasos detrás de la puerta de entrada a la casa de los Gromeko. ¡Era ella! ¡Tonya! Por la sorpresa del primer momento no pudieron decirse nada. Ella sostenía la puerta entreabierta...



...y fue entonces cuando las manos fuertes de Jurij la atraparon.



Empezaron a hablarse a un tiempo, interrumpiéndose mutuamente.



Markel, el sirviente -el que había sido labriego antes de empezar a trabajar en casa del profesor Alex Gromeko- no aparecía.



Volvieron a abrazarse, a besarse, mientras Tonya refería las últimas diabluras de Sasenka, y aclaraba que dos de los cuatro cirvientes se habían marchado. Al fin apareció Markel, hombre grandilocuente, que celebró ruidosamente la vuelta a casa "del halcón", como llamaba al doctor Zhivago desde que había partido al frente de lucha.



Abriendo los ojos, Markel exclamó:-¡En Moscú seguimos muertos de hambre y ya nos cansan esos "salvadores" de la plaza pública, doctor!



Tonya estaba seria. Señalando a Markel que se marchaba, murmuró:-No debes fiarte mucho en él, Jurij. Markel afila el cuchillo por cualquier eventualidad, pero no sabe contra quién lo va a usar.



Tonya le hizo notar sus temores por el tifus que estaba golpeando en muchos hogares de Moscú. -Viene del interior-, contestó Zhivago.



La alucinante visión de aquellos cadáveres tumbados sobre la tierra, arañándola en un último esfuerzo, hizo estremecer al médico.



Una sorpresa más iba a recibir Zhivago. Al cruzar hacia el salón de la antigua casona...



Una parte de la casa pertenecía ahora a la Academia Agraria. -¡Menos espacio para limpiar!- dijo ella suavemente, tomándolo del brazo.



Ahora comprendía él que en esa casa lo pasaban bastante mal. ¡Tan distinto, antiguamente! Hasta antes de empezar la guerra...



Apretando los dientes el hombre pensó que debía solidarizarse con el destino de su país. ¿Huir? Muchos lo hacían.



Tonya le mostró al hijo dormido. Jurij se arrodilló ante la camita de Sasenka. Lo olvidó todo. El pasado, y hasta el futuro del doctor Jurij Zhivago. Ese futuro que tanto lo atormentaba.



Después, nuevamente a solas con Tonya...



Ella rechazó la propuesta del marido:-Dicen que todo será peor, que no tendremos pan, ni leña para el fuego...-, empezó Tonya, agregando:-Pero quiero estar a tu lado, Jurij. Vamos a comprar una estufa de las que fabrica la compañía Arbet. Anda con cualquier combustible, con restos de cualquier cosa. Es muy práctica.





















Además de sus normales ocupaciones, Zhivago tuvo que atender una parte de la contabilidad del nosocomio. Faltaba de todo; no había casi recursos. Pero ante los ojos de Jurij se elevaban pilas de papel rayado, cuestionarios, papeles inútiles.





Después de los violentos hechos de octubre, una noche, volviendo Zhivago del hospital a su casa, encontró a un hombre desangrándose en la calle repleta de nieve.



Se trataba de una personalidad política del momento. Jurij le salvó la vida, y en él tuvo por varios años a un protector. Aunque Jurij Zhivago no estaba de acuerdo con los pensamientos de aquél hombre, fue salvado por éste en más de una dificultad. Como cuando combatieron en las calles los que apoyaban al gobierno provisorio...

...y los soldados insurrectos. Zhivago fue detenido, y horas más tarde devuelto a la libertad. Cayó de rodillas sobre la nieve, y dio gracias al Cielo que le permitía volver a su casa...



...aún dando muchos rodeos, pues las calles estaban cerradas con barricadas, y las desgargas de fusilería se habían hecho más intensas.

Silbaban las balas junto al doctor Zhivago, pero él seguía corriendo hacia la ahora destartalada casa de los Gromeko; de cualquier manera su hogar.



En esos días Sasenka enfermó. Tonya, imprudentemente, lo tenía demasiado cerca de la estufa. -He dicho mil veces que no pongan al niño cerca de la estufa!- exclamó Jurij.



El pequeño tenía la garganta inflamada y Jurij se alarmó. Extrajo un poco de mucosidad e hizo el análisis con ayuda del microscopio.



Tonya, temiendo por la vida del hijito, lo paseaba en brazos cantándole suavemente. Un día después, Sasenka reía, muy animado, mientras la madre y el padre compartían aquella maravillosa alegría.





En la calle, las batallas no cesaban. Ahora era el estremecedor trueno del cañón. Las casas se derrumbaban como si fueran de cartón, y los focos de incendio brotaban por todas partes.



Después... fueron tres años seguidos de crueldades. Inviernos calamitosos, difíciles. Luchaban dos partes totalmente separadas, y que jamás conseguirían comprenderse. Y en el caos, las epidemias, tampoco cesaban de luchar.
Hoy hubo 24 muertos en el hospital, Tonya.



Esa noche, marido y mujer discutieron con fuerza.
¡Tu padre debe comprender que es mejor cambiar de aires!



El viejo profesor no quería marcharse de Moscú. Zhivago sugería un viaje hacia comarcas más sanas. También más pacíficas.
¡No olviden que aún poseo la casa de Jurjatin!



Los Gromeko se sentían orgullosos de poder soportar las privaciones impuestas por los bolcheviques:-Repudio a aquellos que se honran emporcándose-, era la frase predilecta del suegro de Jurij.
¡Se acomodan ahora los especuladores del momento! ¡Gente sin raíces!



Después de haber bebido su agua caliente con unas gotas de leche, Jurij se dispuso a salir para visitar a unos enfermos. Desde la puerta de la calle vio a varias sombras inciertas que deambulaban por la nieve. Los espectros del invierno seguían su danza.
Uno gritaba, indudablemente poseído por una fiebre devoradora:-¡Aquí, ratas! ¡Ratas por todas partes! ¡Están rabiosas! ¡Se esconden las muy sucias! ¡Vuélvanse, hombres! ¡Escapen a sus casas, hombres! Tuvo una breve vacilación, y rió, agregando: -Disculpen, me había olvidado que no se dice más "hombres,", sino "camaradas ciudadanos".



Jurij intentó ayudarlo. Imposible. Aquel hombre enloquecido, perdido, se alejó corriendo velozmente por la calle Brestcaya...



... mientras otra figura se acercaba a Zhivago.
¡Ylia Komarovsky!



"Tengo el coche ahí mismo. Acompáñeme", le dijo el abogado. Hacía mucho que se había marchado de Moscú, pero regresaba por "negocios". Tenía una sonrisa ancha y llena de misterio, como siempre. Se mantenía casi tan gordo como años antes, y los terribles hechos del país no lo afectaban en absoluto.
¡Siempre hay un lugar para los hombres astutos!

No obstante parecía animarlo determinada preocupación: Lara Fedorovna.-En domingo pasado conversé con un militar que la había tratado hará de esto unos tres años. ¡Quién sabe dónde estará ahora! gruñó el astuto individuo, mientras llevaba del brazo a Zhivago.



Brillaban intensamente los ojillos de Komarovsky.



Las sospechas del doctor Zhivago fueron creciendo, mientras hacía lo imposible por librarse de aquel nauseabundo individuo que repetía el nombre de Lara Ferodovna con cierta fruición.



Zhivago, firme sobre la nieve, estrechó apenas la mano que le tendía Komarovsky, y poco después escuchó el repiqueteo de los cascos del caballo que arrastraba el coche del abogado, llevándoselo a través de las sombras.



En el hospital, Zhivago reencontróse con el tifus, con la muerte. Y pensó en todos esos que eran de la misma catadura del abogado Komarovsky.



Los Komarovsky integraban la fuerza ficticia que iba por las calles o por los salones, en un perpetuo carnaval. Y que terminaban quemándose en sus mismas llamas. Zhivago suspiró amargamente: -No, no son felices. ¡No lo lograrán nunca!.



Llamaban los enfermos, los moribundos. Jurij Zhivago fue hacia ellos resueltamente, como un soldado que iba a defender la más hermosa y justa causa.



Un día, mientras recorría la interminable calle Mescancaya se tambaleó. ¡No podía sostenerse sobre sus piernas y cayó!



Permaneció delirante dos semanas, salvo breves intervalos. Nombraba a amigos desaparecidos, a la madre, y a su pequeño hijo. Ninguna mención sobre Tonya. O sobre Lara Fedorovna.



Tonya, cuando él mejoró, lo alimentaba con pan blanco y abundante manteca. Jurij llegó a darse cuenta y preguntó alarmado.



El otro Zhivago era un hombre de campo, trabajador, astuto, y que no perdía su tiempo. Por eso no estuvo más que tres días en Moscú, decidiendo ayudar a los Gromeko -y, por supuesto a Jurij- dentro de sus posibilidades. También logró convencer a Tonya y al profesor Alex sobre la conveniencia de ir a Jurjatin.



En el mes de abril partieron para los lejanos Urales; de vuelta a la casa natal de Jurij Zhivago. Un viaje por tren que duraría cinco días con sus noches, mostrando que todo el país sufría las consecuencias de la guerra...











Más adelante la vía estaba obstruída, y en parte, rota. Dos días tuvieron que perder reparándola, en ese sitio perdido y misterioso, donde flotaba un nombre enigmático: -Strelnikov. Tonya, otras mujeres, y los niños, tuvieron que soportar ese intenso y flamante miedo.









Crujiendo en todas las junturas, los vagones se trepaban sobre la montaña, estirándose a lo largo del alto terraplén, como una serpiente inofensiva. Más abajo, crecía un bosque joven que quién sabe si llegaría a su edad madura.



El suegro de Jurij, el profesor Alex Gromeko miró con simpatía a su hija, a su nieto, y el padre de Sasenka. Y murmuró con una sonrisa dulce:-A pesar de todas estas locuras, estamos unidos. Nosotros formamos un mundo. Somos el mundo viejo que se resiste a morir.



Jurij advirtió que esas palabras habían hecho lagrimear a Tonya. Entonces-¡muy raro en él! - comenzó a bromear con algunos hechos de su vida en la guerra. Y cuando Tonya y su padre estaban riendo, Jurij quedó pensativo. Pidiendo disculpas a aquellos recuerdos, generalmente teñidos de tragedia.

El tren se detuvo. Ya era Jurgatin. Había niebla. Jurij saltó del vagón. Un ruido lejano, parecido al de dos ametralladoras en acción, lo puso nervioso.



De repente, del último vagón, surgió un centinela armado.



Agresivo, miró a Zhivago con ojos empequeñecidos y malignos.



Apuntando al pecho de Zhivago, graznó-¡Andando! ¡En el tren especial, el comisario de guerra Strelnikov querrá observarte!



Así era su destino. Ahora lo iba a poner frente a frente con aquel feroz comisario, a quién apodaban "el fusilador".



El centinela soltó una carcajada triunfal.



Jurij pensó amargamente:-Una vez más se derrumba mi ensueño La casa de Jurjatin, una paz bien ganada. No era extraño que ese "fusilador" le pasara por las armas inmediatamente. Se vivían épocas de errores. Uno más...



Un nuevo centinela, que usaba grueso capote de cuero oscuro, vino en busca de Zhivago. Llevaba el fusil con la culata delante de sí. En sus ojos había demasiado odio.



La oficina de Strelnikov estaba situada en un ex-vagón restaurante, y el orden imperaba hasta en sus mínimos detalles. Sorprendido, Zhivago vio a una dáctilógrafa, bastante buena moza, y que trabajaba fumando y sin levantar la cabeza de sus papeles.



Se escucharon pasos rápidos y decididos. Se abrió la puerta del vagón. Era Strelnikov en persona. En una fracción de segundo, Zhivago se preguntó:"¿Cómo he podido, hasta ahora, y entre tanta multitud de ignorantes, no hacer nada de importancia como este hombre?-¡Strelnikov era aquél insignificante Pasha Antipov!



Jurij Zhivago no conocía a Pasha Antipov, al marido de Lara "desaparecido", al ambicioso individuo que ahora figuraba en un plano tan elevado. Pero así el mundo, y así eran las cosas. El camarada Strelnikov entró al vagón protestando:-¡Este no es el que buscamos! ¿Para eso me molestan, montón de inservibles?

Miró a Zhivago desde la cabeza a los pies:-¡Ninguna semejanza! -, agregó el ex-profesor de historia antigua que por su fanatismo había escalado rápidamente, hasta llegar al lugar que ahora ocupaba. ¡Era Strelnikov, el raro condenado, severo, inflexible!





El comunista soltó una carcajada:
- Nostalgias de los "blancos", ¿eh? ¡Pues Jurjatin ya está liberada! ¡Se desencantará, doctor!



Los revisó a la ligera, mientras movía los labios finos, crueles. Finalmente dijo: -Está en libertad. Tal vez nos volveremos a ver, doctor. ¡Y si no lo hallo en las filas del pueblo..., otro será mi discurso! La amenaza no turbó a Jurij: -No hay nada de lo que tenga que disculparme de usted, -contestó con serenidad.

Strelnikov se quitó los lentes, alzó el tubo del teléfono y llamó al jefe de la guardia: -No sea cosa que le suceda algo raro otra vez, doctor Zhivago, -murmuró fríamente. Cuando Zhivago se marchó, el "fusilador" quedó junto a la ventana del vagón, contemplando las casas de Jurjatin, el suburbio sobre el río...

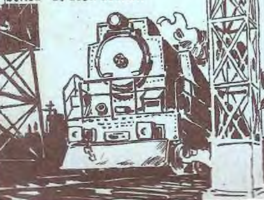


...apenas a pocos metros de la casa que ocupara con su mujer, Lara, y su hijita Katenka. ¡Su mujer y su hija! ¿Vivirían aún? ¿Era posible? Mucho tiempo había transcurrido desde que él marchó a la guerra siendo un vulgar profesor de historia antigua. Venía de otra vida, y necesitaría desprenderse de toda la miseria actual...

...de sus ataduras, para poder retornar a la anterioridad, humilde, pero en paz; libre, casi inmaculado.



En el futuro hallaría el poder, el inmenso poder en sus manos. O, acaso, la muerte ante un piquete de fusilamiento. El tren blindado reanudó poco después su marcha bélica de destrucción.



También el rodado que transportaba a Jurij Zhivago a su casa natal. El sitio de su niñez, donde muriera la madre, y que ahora acogería a Tonya y a su hijo. ¡Estaba muy cansado pero feliz, con su dicha simple, auténtica, que nada tenía que ver con el horror que los rodeaba!



DE BUEN HUMOR



- Piénsalo, Federico. Tú debiste decirle algo en la fiesta de anoche.



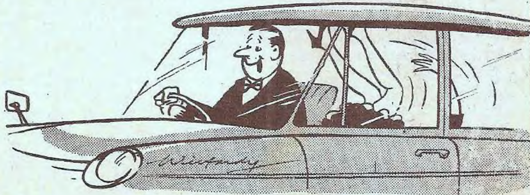
- ¡María Belén!



- Ya que hoy es tu cumpleaños, le pondremos doble cantidad de detergente para que laves los platos.



- ¡Por supuesto que hoy no es sábado! Tú sabías perfectamente bien por qué tenías que venir hoy a la iglesia.



- ... y este botón es para reclinar el asiento de atrás.

perseguido por la muerte

Por ROY THEODORE

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE VOGT

La vida de un hombre puede ser durante mucho tiempo una suma de hechos cotidianos e intrascendentes, pero también suele acontecer que un día se despierta y su mundo ha cambiado. Y entonces, hasta puede suceder que se convierta en un héroe dramático.



Joe Daniels era un hombre normal, trabajador y ahorrativo, que había venido a Nueva York a forjarse una modesta posición y formar un hogar. Su novia, Evie Duccan, le ayudaría muy pronto a concretar este ideal.



Dos años hacía que estaba radicado en esta gran ciudad; desde que la compañía de seguros en la que trabajaba había quebrado, y decidió intentar la suerte en Nueva York. Y aquí estaba ahora trabajando en una importante empresa y con un buen sueldo.



Pero aquella demora sin importancia habría de significar para él la conservación de su vida, porque a las 9.05 de la mañana, en su propia oficina, sucedió aquello tan insólito...







Joe dejó al asustado portero y se dirigió al lugar de la tragedia. El lugar estaba lleno de policías y de escombros. El teniente Keerg lo recibió con cierta agresividad:



El señor Henry Mitchum, jefe de personal, salió en defensa de Joe.





-Conozco mi deber-, dijo acerbamente el policía, agregando:





Desorientado, sin saber en el fondo qué pensar sobre aquel extraño acontecimiento, Joe Daniels dedicó el resto de aquella mañana a caminar sin rumbo. Había en su alma una profunda tristeza por la desgracia que habían sufrido sus compañeros. Antes de dirigirse al Departamento de Policía, llamó a Evie, su novia, y le participó su dolor y pesadumbre.






















Atardecía ya cuando los empleados de Brids Shopping abandonaban el establecimiento...
¡Evie! ¡Evie!


Querido, sabía que vendrías. ¿Qué has hecho durante toda la tarde?
Nada. Sólo caminar, beber unas copas y angustiarme. Siento un oscuro presentimiento y no puedo eludirlo.


No tienes por qué temer. En dos años que estás aquí en Nueva York, sólo conoces a una decena de personas. Nunca has tenido pendencia con nadie... ¿Por qué habrías de pensar que alguien intenta matarte?


Joe guardó un apesadumbrado silencio.
Tampoco en Little Rock, tu pueblo natal. Cundo saliste de allí, después de haber quebrado la compañía de seguros, tampoco tenías enemigos. Aunque..., quizá hayas dejado una novia despechada ...


Evie consiguió que su novio esbozara una sonrisa.
Tienes razón, querida. También la tenía el teniente Keerg: no debo dejarme dominar por la fantasía. Prometo hacer un esfuerzo para recuperarme. Ahora te acompañaré a tu casa; tu madre ya debe estar esperándote.


Con algo de sosiego en su alma, Joe acompañó a su novia. Mientas caminaban por la calle, Joe creía estar descubriendo su verdadero mundo normal. La pesadilla estaba a punto de pasar.




Pero la pesadilla no estaba por pasar... Justamente, porque no era una pesadilla...


La súbita presencia de aquel automóvil crispó los nervios del aprensivo Joe. Y entonces, una vez más el instinto de conservación acudió en su ayuda.
BANG! BANG!


BANG! BANG!
Allí en el suelo era un blanco perfecto. Tenía que intentar un salto y trasponer el cerco... No había mucho que pensar...


Los arbustos y las sombras lo protegían, pero no suficientemente. Cualquiera de aquellos disparos podrían alcanzar su objetivo.
(Saltaré por el fondo del jardín. Debe dar a otra casa.)


Las casas de aquel barrio estaban separadas por pequeños cercos. Joe saltó nuevamente, y halló allí otra sorpresa aunque no tan terrible; un celoso guardián se precipitó sobre él.


Pero el hombre no se dejó amedrentar. Su acción fue rápida y eficaz.
(Perdona, hermano perro, pero no hay forma de convencerte de que no soy un ladrón...)
SOCK!


Una vez en la calle, Joe Daniels se desplazó velozmente hacia la populosa Diagonal 80. Allí estaría momentáneamente seguro.
(Ya no cabe duda: alguien trata de eliminarme. Iré a casa en busca de dinero y luego desapareceré. Quizá entonces la policía se convenza y me ayude.)


Era ya cerca de medianoche, cuando después de rodeos para asegurarse de que no era seguido, Joe llegó a la casa de departamentos en que vivía.
(Subiré por la escalera de servicio. No quiero más sorpresas por hoy.)


Pero era indudable que no era él quien decidía. Al llegar al piso en donde vivía, vio aquella sombra entre la escalera principal y el ascensor.


(Por lo menos ahora podré verle la cara...)


Aquello se volvía cada momento más inexplicable: él, Joe Daniels, nunca jamás había visto a ese hombre. Comprendió entonces que sólo le quedaba huir. No podía luchar con circunstancias tan misteriosas. Descendió la escalera con sumo cuidado y silencio.


"Otra vez la calle", pensó Joe angustiado; ansiaba un techo, un lugar en donde dormir.
(Iré a un hotel. Ya mañana decidiré qué hacer.)


Un hotelucho de segunda categoría le pareció el más indicado. En el registro, instintivamente puso su verdadero nombre, arrepintiéndose de inmediato, pero ya era tarde.
Bien, señor Daniels: su cuarto es el 3, en el primer piso.


Sin observar mucho la habitación, Joe se tiró sobre la cama y encendió un cigarrillo. Muchas cosas tenía que repasar su mente antes de encontrar reposo en el sueño...


No había acabado aún de fumar un segundo cigarrillo, cuando oyó voces en la planta baja. Entreabrió un poco la puerta y entonces vio...
3

















Aquellas fueron palabras balsámicas para el enervado Joe. El inspector Noghen, después de tranquilizar completamente al muchacho, lo acompañó hasta su casa, en donde lo había estado esperando durante largas horas.






"Luego, interiorizándome en el caso -continuó el policía-, supuse que usted tendría algún motivo para pensar en que alguien quería matarlo. Por eso, revisé todos sus antecedentes y me propuse conversar con usted".


Yo no pensaba nada;sólo tenía una impresión.
Bien,pero lo que acaba de contarme del atentado de esta noche, confirma que su impresión era acertada. Ahora hace falta saber quién y por qué motivos usted corre peligro de muerte.


-Ya le dije que no puedo saberlo, pues no tengo enemigos y ... -el timbre del teléfono lo interrumpió;Joe atendió.Mientras hablaba,su rostro iba adquiriendo una palidez de muerte. Por fin, concluyó:
Está bien. Estaré allí dentro de media hora.


-Ahora yo sé quién quiere mi vida: ¡Peter Trimbal!
¿Quién es él?
Es una historia muy larga, inspector. Nunca pensé que ese hombre hubiera guardado resentimiento hacia mí. Todo empezó cuando yo era inspector de una compañía de seguros, en Little Rock...


"Fue hace siete años. Un granjero, llamado Peter Trimbal, decidió incendiar los edificios de la granja que,a pesar de sus esfuerzos, no había podido vender. Con este recurso pensaba cobrar el dinero del seguro".


La policía, considerándolo un hecho casual, estaba dispuesta a cerrar el caso. Pero yo, que hacía poco tiempo que me desempeñaba como investigador de la compañía de seguros...


...indagando por mi cuenta descubrí la verdad. Era un incendio intencional.


Usted cumplía con su deber, Daniels. Nadie podría reprocharle eso, y menos aún pretender su muerte.
Pero hubo algo más que ha predispuesto a este hombre contra mí: al poco tiempo de empezar Trimbal la sentencia de los seis años de cárcel que le habían correspondido...


"...se incendió el granero que quedaba al pie de la propiedad.Ese, sin lugar a dudas,fue un accidente, ya que la mujer de Trimbal pereció entre las llamas".


¿Y ahora?
Ahora acaba de cumplir su sentencia y ha venido en mi busca. Me acaba de confesar que fue él quien colocó la bomba en mi escritorio y también él quien llevó a cabo los otros dos atentados con su automóvil.


¿No obstante usted piensa concurrir a esa cita?
Sí;no puedo dejar de hacerlo:él tiene en su poder a Evie, mi novia.















Joe Daniels había pronunciado aquellas últimas palabras con toda la amargura que resumaba su alma. El detective inspector Frank Noghen comprendía; claro que comprendía:era aquel un hombre que quizá había poseído grandeza de alma, pero que ahora, ante estos hechos compulsivos, era capaz de ser generoso y hasta era capaz de llegar al heroísmo.




Trimbal obligó a Joe a ubicarse en el asiento del conductor del automóvil con el que no hacía mucho tiempo había intentado matarlo.
Tome el camino de la costa;yo lo guiaré.


Fueron las únicas palabras pronunciadas en casi todo el recorrido. El automóvil se deslizó velozmente por la autopista;los grandes edificios portuarios fueron quedando atrás. Luego, comenzaron a sucederse los innumerables muelles de cabotaje...


Estuvo acertado en no avisar a la policía. No hay duda de que usted quiere a la muchacha.
¿Dónde está ella?


-Ya la verá-, comentó Trimbal, guardando nuevamente silencio. Al cabo de unos minutos de viaje, agregó:
Detenga el automóvil con las luces dirigidas hacia ese tinglado de la derecha.


La luz de los faros iluminó un cobertizo construído de madera y chapas de hierro; una pequeña rampa que llegaba hasta la orilla; el agua que no estaba a más de tres metros de distancia, y también ...

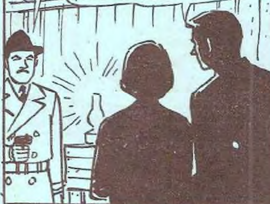

Joe comprendió de pronto todo:"Morirá dentro de tres horas", pensó. En ese lapso las aguas de la marea cubrirían completamente a Evie.
(Debo hacer algo;este hombre está poseído del demonio y nos matará a ambos.)


Daniels se puso tenso;se preparaba para efectuar un movimiento desesperado de defensa. Sintió el caño del revólver en la nuca.
¡Cuidado! Baje del automóvil tranquilo y sin apresuramiento.


Se dirigieron a la rampa;Joe procedió a librar a la muchacha bajo la mirada atenta de Trimbal.
Gracias a Dios que estás aquí...


Bien, Trimbal. Usted me tiene en sus manos;ahora puede dejarla a ella en libertad.
¡Entren al cobertizo!


Los mantuvo encañonados mientras encendía una pequeña lámpara de petróleo; su amarilla luz iluminó pobremente el interior. El piso era de madera. Apilados en un rincón, se veían una red y diversos elementos para la pesca; fuera de eso, el local estaba vacío.


Daniels, en el automóvil le pregunté si usted la amaba, pero no me contestó.
Sí... Sí..., la quiero. ¿Ahora pueda ella irse?


¿Nunca se le ocurrió, señor investigador de seguros, que yo pudiese querer también a su mujer?
Sí, por supuesto que pensé mucho en ello.


-No..., no como yo lo he hecho durante seis años de presidio. Y todo por haberse entrometido usted.
No es verdad, y usted bien lo sabe. Si usted no hubiese destruído su casa, su familia aún viviría...


La reacción de aquel hombre terrible no se hizo esperar.
¡Cállese!


Daniels dio un paso hacia la muchacha caída, pero súbitamente la furia se apoderó de él. Se abalanzó sobre Trimbal, pero éste estaba preparado.
BANG!


Una bala en el brazo hizo trastabillar y caer a Joe. Su cuerpo estremecido de dolor, rodó hasta un extremo del cobertizo. En la semioscuridad pudo observar que, apoyado en la pared, había un arpón de mango largo.
Eso no es nada, Daniel. Ya verá lo que es sufrir...


Había que esperar la oportunidad para poder actuar y ésta no se hizo esperar.
Vamos, usted, levántese. ¡Y no se entrometa más!


Joe, que observaba los ojos de Trimbal, vio que era el momento de actuar. Tomando el arpón, se acercó con un rápido movimiento hacia él.
BANG!
BANG!


Los disparos no hiceron blanco esta vez, pero sí lo hizo el cruel garfio de acero que se clavó en el hombro derecho de Trimbal. El arma, ya descargada, cayó al suelo.


Herido, Trimbal actuó con velocidad. Se había quitado el arpón y lo sostenía con el brazo en alto. Joe colocó a su novia detrás de él. La única salida estaba bloqueada por la figura agazapada del hombre con el arpón.
¡Con esto también los puedo matar!


Tomó impulso, calculando la distancia antes de atacar.


Fue entonces cuando sucedió aquello que a ambos jóvenes les pareciera realmente providencial...
¡Deténgase, Trimbal! ¡Dese preso!


aquel hombre, enceguecido por el odio, no acató la orden. con celeridad sobre sí, arrojó el arpón contra el tor Noghen. Este, con precisión y certeza, no pudo dejar actuar...
BANG!


Por fin, la aventura aquella tan despiadada, había llegado a su término. Muy pronto, policías uniformados se hicieron cargo del artero criminal.
No me explico aún cómo pudo dar con nosotros...


Cuando usted se fue, dejándome en su departamento, me puse a pensar en qué cosa podía producir la muerte de su novia en "exactamente tres horas". No tuve que emplear mucho la imaginación: pronto me di cuenta que debía tratarse de un artefacto mecánico o... el mar.


Y como no tenía mucho que elegir, me decidí por el mar; La marea subiría "exactamente" a las tres horas de aquel llamado telefónico de Trimbal. Entonces hice desplazar a mi gente por toda la costa. Pero fueron los disparos de este revólver los que nos orientaron.
VOGT.66


El inspector llevó a los jóvenes hacia la ciudad.
Ha sido un día muy largo...
Sí, hijo; muy largo fue este día en el cual usted fue perseguido por la muerte. Pero la muerte no pudo alcanzarlo; usted fue más veloz.
POLICE
FIN

SIN PALABRAS




1.


2.

1



2



GERMANA

Por EDMUNDO ABOUT

ADAPTACIÓN — Dibujos de DAVID COOPER

El haber fracasado en el teatro con "Cayetana", hizo que Edmundo About, periodista y político, concediese su preferencia a la novela. Con esto, se agregó un nombre más a los escritores franceses de este género, y no fué ciertamente para desentonar en la pléyade, brillante y numerosa, en que había estrellas de primera magnitud como Hugo, Daudet, los Dumas, Zola; pues About conquistó entre sus contemporáneos un lugar que hoy comprendemos a través de su persistente frescura. Edmundo About nació en 1828 y murió en 1885.


Don Diego


La Duquesa


El Duque


Germana


La Condesa


Honorina



Hacia la mitad de la calle de la Universidad, entre los numeros 51 y 57, se ven cuatro hoteles que pueden citarse entre los más lindos de París. De ellos, el que hace esquina con la calle Bellechasse ostenta un noble aspecto. Pertenece al Barón de Sanglié, quien ocupa sólo la planta baja y el primer piso, y cuyas armas llevan una leyenda que encierra una juego de palabras: **"Sanglié au Roy** ("sangre ligada con el Rey").

El 1º de enero de 1853, a las nueve de la mañana, la servidumbre del hotel celebraba en el vestíbulo un congreso tumultuoso. El administrador del Barón acababa de distribuirles el aguinaldo, proporcionado a las jerarquías de cada uno. Todos coincidían en que daba gusto servir a un amo generoso y rico.





Las ruidosas conversaciones de aquella asamblea, cuyo tema era la inversión más aconsejable del regalo, se vieron interrumpidas al abrirse una puertecita que daba a la escalera, entre el piso bajo y el primero, y dar paso a una mujer, de harapiento traje negro, que descendió vivamente los peldaños, atravesó el vestíbulo, abrió la puerta vidriera y desapareció en el patio. Los criados saludaron con el mayor respeto, y, aunque. . .

...todo pasó en menos de un minuto, la sombría aparición se llevó el buen h u m o r de todas aquellas gentes. Los gritos se detuvieron en sus gargantas, y el oro ya no volvió a sonar en sus bolsillos. La pobre mujer había dejado atrás de ella como una estela de silencio y de estupor. El primero que se repuso fué el ayuda de cámara, que exclamó:





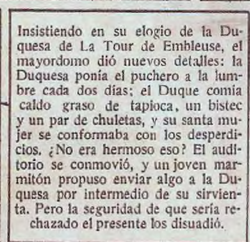














Mientras tanto, Margarita de Bisson, Duquesa de La Tour de Embleuse, caminaba apresuradamente en dirección a la calle Jacob. Por un contraste que hemos podido obs e r v a r más de una vez, la miseria no la había afeado, y la Du q u e s a no estaba ni pálida ni delgada: había recibido de sus antepasados una de esas bellezas rebeldes que lo resisten todo, incluso el hambre, y a los cuarenta y siete años conservaba hermosos rasgos de su juventud. Su salud no respondía a su aspecto; pero esto era un secreto que quedaba entre ella y su médico.







Su sirvienta, la vieja Semiramis, le salió al encuentro muy afligida, con una cuenta en la mano.

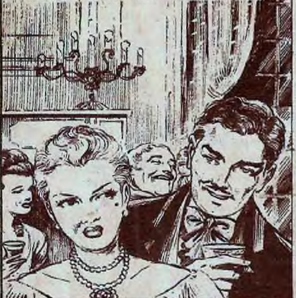


Semiramis respondió afirmativamente. El doctor Le Bris había visto un rato antes a la enferma, y se hallaba ahora en la habitación del Duque. Hacia ésta se dirigió la Duquesa. Cuando se disponía a abrir la puerta, oyó la voz del señor de La Tour de Embleuse, clara y vibrante como un clarín: —¡Cincuenta mil francos de renta! ¡Ya sabía yo que volvería la fortuna!



El que lanzaba esa optimista exclamación, César de La Tour de Embleuse, había sido muy rico y dobló su fortuna al casarse con Margarita de Bisson. En 1827, Carlos X lo nombró gobernador de las colonias del Africa Occidental. Después de la caída de los Borbones, los Orleáns lo hubieran acogido de buen grado, entre la multitud de los tránsfugas, pero...

... el Duque, por orgullo y quizá más aún por pereza, rechazó todos los empleos y se dedicó a una vida de placeres. La liquidación del 48, que dejó al descubierto tantas miserias, lo encontró arruinado y...



...con una hija de salud incierta que llegaba ya a los trece años. Otro hubiera perdido la cabeza. El fuése directamente a su esposa y le dijo con la cariñosa cordialidad de siempre:—Mi querida Margarita, la revolución nos lo ha quitado todo; no nos quedan ni mil francos... Pero no temas: dicen que soy un hombre ligero; volveré a flote.



La desdichada Duquesa, que adoraba a su marido, enjugó sus lágrimas.



Esa espera duró años. Los antiguos amigos del Duque lo ayudaron con su bolsa y con su crédito. Tomó prestado sin escrúpulos, como hombre que ha dado en préstamo sin recibo. Se le ofrecieron empleos decorosos, que rehusó por miedo de rebajarse. Así fué descendiendo la escala de la miseria, desanimando a sus amigos, cansando a sus acreedores, desprestigiando un nombre que decía no querer comprometer. Los pequeños gastos, aquellos que sólo pueden hacerse con el dinero en la mano, fueron...

...haciendo que las joyas, los muebles y los vestidos tomaran sucesivamente el camino del monte de piedad. El Duque los despedía alegremente y con no menos inconsciencia oyó que Germana tosía sin tregua. —¡No será nada! —decía.



Y "¡No será nada!" seguía diciendo en aquel comienzo del año 53, cuando el doctor Le Bris había anticipado que, a menos que se produjera un milagro, la infortunada niña no viviría más de cuatro meses.



Pero lo que decía ahora a su mujer, en presencia del médico, era bien concreto y bien lógico como explicación de los cincuenta mil francos de renta que saludaba alborozado. La Duquesa dijo al médico:



El doctor Le Bris, que había sido muy claro sólo con el Duque, intentó suavizar con una mentira piadosa el dolor de la madre. La Duquesa lo interrumpió: —No mienta, pobre amigo mío. Esas gentes han puesto confianza en usted y le han pedido que busque una niña que no ofrezca esperanza de salvación. Usted no querrá exponerse a que puedan reprocharle un engaño.



El médico enrojeció, porque ésa era la verdad. Las cosas se habían planteado en esta forma: una de sus clientes más bellas y menos escrupulosas era la señora Honorina Chermidy. Procedente del interior, se instaló en París lujosamente e inició una vida que determinó a su cónyuge, marino de profesión, a separarse de ella antes de emprender un largo viaje al Oriente. La señora Chermidy había tenido un hijo. El padre de este niño era el millonario Conde español...



...don Diego de Villanera. Caballeresco y tan enamorado de Honorina como encariñado con el pequeño, don Diego deseaba legitimar a su vástago —que, como todos los primogénitos de su casa, pasaría a ser Marqués de los Montes de Hierro. La situación legal de la señora Chermidy impedía ese trámite.





Pero podía alcanzarse el mismo resultado si don Diego se casaba y en el acta de matrimonio se incluía el reconocimiento del niño, como fruto de la pareja. Ni la sociedad ni la ley hacían distingos entre hijo legítimo e hijo legitimado. La señora Chermidy había aceptado este recurso para ennoblecer y enriquecer a su hijo, a condición de que la elegida para esposa tuviera pocas probabilidades de vida. Y también admitió esa solución...

...la Condesa viuda de Villanera, madre de don Diego, prodigio de vejez y de rigidez, pero siempre que su nuera fuese de sangre noble.



Nadie más indicado para indicar una candidata que el doctor Le Bris. Desde luego, la blasonada enferma que se eligiera debía ser pobre para que su familia se allanara a ese pacto, y Villanera autorizó a Le Bris a ofrecer al padre 50.000 francos de renta.



Le Bris pensó instantáneamente en Germana de La Tour de Embleuse y acababa de exponer la proposición al Duque en este 1º de enero. La primera reacción del Duque fué de dignidad ofendida; después su egoísmo le facilitó argumentos para tratar de convencerse. El dinero de los Villanera —suprema razón— les permitiría atender a Germana y también a la Duquesa, que —el Duque lo notaba por primera vez— no estaba menos menesterosa de cuidados.



VAMOS A REIR



-Como supuse que no ibas a creerme lo que me sucedió, mamá, traigo a dos testigos.



Escanedado por: Esteban/Columberos

-¡Por favor, Carlota, despierta y deja de roncar! No haces más que hacer: glup... glup...



La Duquesa corrió hacia su hija. Pero Germana no necesitaba apoyo; besó a su madre y avanzó con paso firme y resuelto. Su rostro sin color era como una página borrada, en el que no quedaba más que el brillo de dos grandes ojos. Sus manos transparentes caían a lo largo del cuerpo y se confundían con los pliegues del vestido. Era tal su delgadez, que la asemejaba a una de esas criaturas celestes que no tienen ninguna de las bellezas ni de las imperfecciones de la mujer.







. . .de esa señora. Gracias a usted, querido doctor, el desarreglo de otros devolverá el bienestar a mi excelente padre y prolongará la vida de mi noble madre. . . ¡Oh, no proteste, querida mamá! No se desobedece a los enfermos. ¿Verdad, doctor?



Dominando la emoción que lo ahogaba, Le Bris se despidió y fué a llevar sus noticias a la señora Chermidy, a quien encontró en compañía de don Diego.



¡Viva París, donde se compran duquesas al contado!







El Conde partió, y el doctor Le Bris tuvo que someterse a la charla, a menudo chocante, de la bella y superficial Honorina. ¿Cómo era "esa joven"? ¿Podría verla? Porque quería saber bien a quién confiaba su hijo, aunque esto fuera por poco tiempo. ¿Y estaba realmente mal, muy mal, sin perspectiva alguna de curar?. . . Pacientemente, Le Bris fué contestando a todas las preguntas. Honorina podría ver a Germana en el templo, durante la boda. En cuanto a que Germana curase . . .

... la Facultad de Medicina entera se extrañaría mucho.

Pero ¿ usted continuará asistiéndola después de casada?

¿Sería posible dejarla morir sin socorro?

¿Para qué la casamos? No será para que sea eterna.

Le Bris reprimió un movimiento de disgusto y, antes de marcharse, dijo a Honorina: —Nosotros, los médicos, cuidamos a nuestros enfermos como los perros de Terranova salvan a los que se están ahogando. Cuestión de instinto y de costumbre... Un perro salva ciegamente al enemigo de su dueño. Yo cuidaré a esa pobre criatura como si todos tuviésemos interés en que se curase.

Poco más o menos al mismo tiempo, la vieja Condesa escuchaba el relato de su hijo con la condescendencia rígida y desdeñosa de otras épocas para las pequeñeces de hoy. Aquellas dos personas honradas, pero mezcladas por la fuerza de las circunstancias en un asunto escabroso, no se preocupaban sino de salvar el nombre de los Villanera con la mayor dignidad posible. Cuando todos los pormenores quedaron convenidos, la...

...Condesa subió a su carroza y se hizo conducir al palacio Sanglié. Los lacayos del Barón la guiaron hasta el departamento del Duque de La Tour de Embleuse, quien la esperaba con su esposa. El traje de terciopelo de la Duquesa azuleaba en los pliegues. El Duque llevaba la cinta de sus condecoraciones sobre un frac raído.

La entrevista fué fría y solemne. La Duquesa no podía hacer buena cara a los que especulaban con la próxima muerte de su hija. El Duque intentó una despreocupación mundana; pero la rigidez de la viuda paralizó todas sus gracias, y sintió hielo hasta en la espalda.

En cuanto a la señora de Villanera, por uno de esos errores frecuentes en los primeros encuentros, envolvió en un mismo juicio despectivo al Duque y a la Duquesa. Creyó ver en sus ojos una alegría sórdida. No obstante, no olvidó los graves intereses que allí la llevaban, y discutió como un notario las condiciones del matrimonio. Cuando estuvieron de acuerdo sobre todos los puntos, se puso de pie y pidió solemnemente la mano de Germana de La Tour de Embleuse para su hijo, el Conde Diego Gómez de Villanera.

UN POCO DE ALEGRÍA

-¡Esto es ordinario! No son hermosos, no tienen nada de estéctica; esto no es arte, pero le aseguro que se venderán todos.

El Duque respondió que su hija se consideraba muy honrada por la elección de que era objeto. Se fijó la fecha de la boda, y la Duquesa fué en busca de Germana para presentarla a su futura suegra. La pobre niña creyó morir de espanto. Pero la Condesa la encontró de su agrado, le habló maternalmente, la besó y pensó al despedirse: "¿Por qué ha de estar condenada? Tal vez fuese la nuera que me convendría."



De regreso en su hotel, la señora de Villanera encontró a don Diego que jugaba con el pequeño Gómez, a la sazón de dos años. se criaba entre Don Diego y la anciana Condesa, que velaban celosamente su secreto. Los únicos cómplices de esta educación clandestina eran cinco o seis viejos sirvientes, encanecidos bajo la librea de Villanera.



La madre, la señora Chermidy, veía a su hijo de tanto en tanto, en alguna plazoleta apartada. Lo besaba a hurtadillas, le daba bombones y le decía con ternura sincera: —¡Mi pobre niño!... ¡Nunca serás mío!...



No hubiese sido prudente llevar al niño a casa de Honorina, quien debía salvar las apariencias. Todo París sospechaba su situación, pero el mundo establece gran diferencia entre una delincuente convicta y una mujer sospechosa. Así podía encontrar acá y acullá algunas almas ingenuas que respondiesen de su virtud... La señora de Villanera informó a su hijo de la visita que venía de realizar; elogió a Germana, y del resto de la familia sólo dijo que vivía en tal miseria que era urgente ayudarlos.



Se encontró la forma de hacerlo incluyendo mil luises en la canastilla de bodas, que se improvisó en pocas horas. Germana examinó con glacial curiosidad aquellos tesoros; pero los ojos del Duque se iluminaron y crispáronse sus manos aristocráticas a la vista de las áureas monedas. No obstante, el hombre educado se sobrepuso y...





...dió a guardar el oro a Germana. La enferma adivinó los secretos deseos del padre y con tierna solicitud lo obligó a tomar algún dinero. La Duquesa lo vistió y lo peinó para que fuese a cenar en un restaurante. Volvió a las dos de la madrugada. Su mujer y su hija oyeron unos pasos desiguales en el corredor. Pero ni una ni otra abrieron la boca, procurando hacerse creer mutuamente que dormían.



Al día siguiente, la señora de Villanera llevó a su hijo al palacio Sanglié y lo presentó a su futura familia; visita protocolar que no duró más de quince minutos, en cuyo lapso Germana sufrió un desvanecimiento. Don Diego tampoco se sintió a gusto; no obstante, encontró frases de cortesía y de reconocimiento que conmovieron a la Duquesa.

Volvió todos los días, sin su madre, mientras se publicaban las amonestaciones. Según la costumbre establecida, cada vez llevaba un ramo. Germana le rogó que escogiese flores sin perfume, porque los olores le hacían daño.



Esas entrevistas molestaban y fatigaban a Germana, pero había que conformarse con la rutina. El doctor Le Bris temió que la enferma sucumbiese antes del día fijado, y la señora Chermidy llegó a participar de ese temor. Cuando vió que Germana estaba condenada irremisiblemente, tuvo miedo de que muriese demasiado pronto y se interesó por su vida. Algunas veces ella misma conducía al Conde, en su coche, a la calle de Poitiers, adonde los Duques se habían trasladado para esperar la boda.



La vieja Condesa iba allí tanto como su hijo y permanecía más tiempo. No tardó mucho en conocer a fondo a la Duquesa, cuyas virtudes la impresionaron hondamente. Por su parte, Margarita reconoció en la señora de Villanera una de esas almas elegidas, que el mundo no aprecia porque sólo juzga someramente. La cama de Germana sirvió de lazo de unión a aquellas dos madres, que se disputaban los deberes de enfermera.



Entretanto, el viejo Duque proporcionaba a su mujer un suplemento de preocupaciones. El dinero le había dado como una tercera juventud; juventud sin excusa, cuyas locuras sin alegría no podían interesar a nadie. Vivía fuera de su casa. El oro de su hija resbalaba entre sus dedos, y Dios sabe a qué manos iba a parar. Los años de miseria habían quitado elegancia a sus vicios, y llegó hasta a llevar a la cabecera de Germana el olor de la taberna.





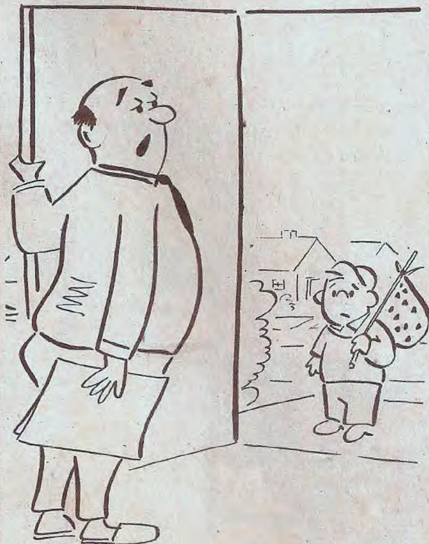
Esta conducta hacía temblar a la Duquesa, máxime porque existía el proyecto de un viaje a Italia inmediato a la boda. ¿Cómo dejar en París a aquel niño viejo?

Así, la abnegada mujer se sentía solicitada por dos deberes contrarios: endulzar los últimos días de su hija y vigilar la vejez alocada de su incorregible marido.

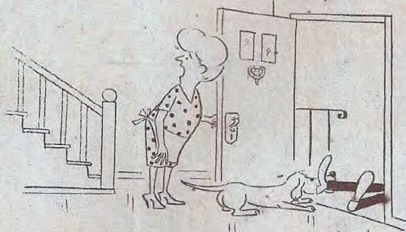
Germana, que adivinaba el tácito combate interior de su madre, quiso dar una solución.



SONRISITAS



-¡Querida! Habilita el cuarto de huéspedes. Nuestro hijo está de vuelta.



-¿Puedes bajar y ayudarme a sacar al cartero de entre los dientes de Fito?



En vísperas de la boda, Le Bris cumplió fácilmente la tarea de entregar un millón de francos, que aseguraba cincuenta mil de renta.
—Usted nos ha prestado un gran servicio y será siempre nuestro médico.
Le Bris agradeció.

El Conde insistió en la necesidad del viaje, que era lo menos a que se sentía obligado su natural generoso y caballeresco. El doctor Le Bris le hizo coro, arguyendo que la Duquesa podría cuidar mejor su propia salud en París que atendiendo a otra enferma en un viaje. En verdad, lo que el honrado médico quería era ahorrar a la Duquesa el espectáculo de la agonía de su hija. Quedó así convenido que la señora de La Tour de Embleuse permanecería en París. Germana partiría con su marido, su suegra, el pequeño y el doctor Le Bris, que, quizá un tanto irreflexivamente, había comprometido sus servicios por veinte mil francos anuales.

Los testigos del Conde en la ceremonia nupcial fueron dos diplomáticos españoles; los de Germana, el Barón de Sanglié y el doctor Le Bris. Todo el **faubourg** fué invitado a la Iglesia. El señor de Villanera conocía lo mejor de París, y a La Tour de Embleuse no le disgustaba resucitar públicamente como millonario. Las tres cuartas partes de los invitados fueron puntuales a la cita, y, a...





... pesar de la discreción de todos, el público intuía cierta anormalidad. A las doce de la noche, trescientos carruajes, que venían del baile o del teatro, fueron a depositar su linajuda carga en la plazoleta de Santo Tomás de Aquino. La novia entró del brazo del doctor Le Bris. Menos pálida...



...de lo previsible—como que se había hecho poner un poco de colorete para representar aquella comedia—, avanzó con decisión hasta el reclinatorio que le estaba destinado. Su padre, que observaba a la concurrencia, no pudo dejar de advertir una encantadora cabeza en medio de la multitud. Era la señora Chermidy, que había querido cerciorarse de "la solución" con sus propios ojos.

Concluída la ceremonia, un coche con cuatro caballos llevó a los recién casados hasta la barrera de Fontainebleau; pero desde allí, dando por cumplida la farsa, retrocedió por otro camino y se detuvo en el palacio Villanera. Había que dar a Germana unas horas de descanso y recoger al niño que debía participar de aquel extraordinario viaje de novios.



Germana durmió poco. Separada de su madre por primera vez, estaba acostada en una inmensa cama de pabellón, en el centro de una habitación desconocida. Un globo de porcelana iluminaba confusamente los tapices. Mil figuras parecían salirse de la pared y bailar alrededor del lecho. En un ambiente que la solícita vecindad de la señora de Villanera no lograba hacer más tranquilizador, la pobre niña no se atrevía a dormir ni a estar despierta.





Cerraba los párpados para no ver, pero no tardaba en volver a abrirlos, porque se le presentaban otras imágenes espantosas.
"Me han dejado aquí para que me muera" —se decía, y creía ver a la muerte en persona. Hacia el alba, la...

... fatiga fué más fuerte que las preocupaciones. Se durmió, pero despertó casi inmediatamente, aterrada, porque había cruzado las manos sobre el pecho y sabía que en esa postura se enterraba a los muertos. La Condesa, que hacía en la estancia una de sus varias entradas vigilantes, le tomó una mano y se la besó dulcemente.





Sólo entonces la enferma se serenó y durmió hasta entrado el día. Al recordarse, la Condesa vestía traje de viaje, y un niño trotaba a su lado. El pequeño Gómez sonrió a aquella linda muñeca de cabellos de oro e hizo ademán de trepar a la cama. Germana quiso ayudarlo, pero carecía de fuerzas; la Condesa lo levantó como una pluma y lo arrojó suavemente sobre los almohadones, diciendo con emoción mal contenida: —Hija mía, te presento al Marqués de los Montes de Hierro.



Germana tomó al niño por la cabeza y lo besó dos o tres veces. El pequeño recibió esas caricias con agrado y aun devolvió un beso. La joven sentía el corazón oprimido. No sé qué proceso se desarrolló en su pensamiento; pero, después de un esfuerzo invisible, exclamó a media voz: —¡Hijo mío!— La Condesa viuda la abrazó agradecida, y, a una indicación de la anciana, el niño llamó "mamá" a la esposa de su padre.



La amistad de la joven Condesa y el diminuto Marqués quedaba hecha. Cuando el Conde entró a saludar a su esposa, Germana, que tenía al pequeño sobre sus rodillas, experimentó una especie de vergüenza al verse así sorprendida.

El viaje preparado empezó con jornadas muy cortas para no fatigar a la enferma. El Conde se adelantaba en cada etapa y disponía los alojamientos y las comidas. Era el más atento, el más paciente, el más delicado compañero de viaje...



...porque estaba resuelto a cumplir hasta el fin los deberes que su propia elección le imponían. Germana lo veía con una especie de sordo fastidio; no le ahorraba ningún sacrificio, y una convicción se iba formando en su ánimo: nunca podría amarlo. Se repetía que don Diego la cuidaba por obligación, mejor dicho, para descargo de su conciencia; que él desempeñaba fríamente el papel de buen marido; que amaba a otra mujer; que había dejado su corazón en Francia.

Pensaba, en fin, que aquel hombre que se mostraba tan cuidadoso de su vida se había casado con la esperanza de enviudar pronto. Dura con él, tanto como amable con los demás, un...



...día le replicó con una crueldad sangrienta a la pregunta de cómo se encontraba.



Don Diego sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje para que no viesen sus lágrimas.

El viaje duró tres meses, sin cambiar ni el humor ni la salud de Germana. No estaba mejor ni peor: arrastraba la vida. Tenía siempre igual aversión a su marido; pero se iba acostumbrando a él. Italia entera pasó ante su vista sin que Germana se interesase por nada ni siquiera se fijase en ningún sitio.

En Nápoles, la joven, súbitamente empeorada, debió permanecer muchos días en cama. En uno de ellos...



UNA SONRISA



-El siempre usa esas descomunales corbatas cuando va a dar exámenes. Descubrí que oculta los temas dentro de ellas.

— comido con un caballero inglés que estuvo más enfermo que usted, según asegura. El cielo de Corfú lo ha curado. ¿Quiere que vayamos a Corfú?





Germana se incorporó, miró en los ojos a su marido y le contestó en tono casi delirante: —¿Dice la verdad? ¿Puedo vivir aún?... ¿Volveré a ver a mi madre? ¡Si me salvase, toda mi vida sería poca para agradecérselo!... Le serviría como una esclava, educaría a su hijo... ¡Desdichada de mí! No es para eso para lo que usted me ha elegido...

La frágil vida pareció más amenazada que nunca. No obstante, Germana pudo levantarse en la primera semana de abril. Un vapor del Lloyd inglés los llevó hasta el puerto de Corfú.



Poco después, la Condesa viuda de Villanera escribía a la señora de La Tour de Embleuse: "Villa Dandolo (Corfú), 2 de mayo de 1853. Mi querida Duquesa: No dudo ya de que Germana está mejor. Hemos cambiado de casa esta mañana. He tenido que hacerlo todo: arreglar los baúles, envolver a la enferma en algodón, vigilar al pequeño, buscar ...



... el coche y casi enganchar los caballos. El Conde no sirve para nada; es un talento de familia. En España se dice: torpe como una Villanera. El doctor revoloteaba alrededor hasta que lo hice sentar en un rincón. Cuando tengo prisa, no sufro que la tengan los demás; el que me ayuda me incomoda. ¡Y nuestro sirviente de confianza, ese asno de Gil, que se ha puesto enfermo en la mejor ocasión! Lo envío a París, para que se cure, y le ruego a usted ...

... que me busque otro criado... En fin, desembalé a mi gente, le di de comer —vigilando a la cocinera que quiere poner pimienta hasta en las sopas de leche—, lo hice pasear, le volví a dar de comer, y ahora ...





... ya duerme. Nuestra hija se curará, estoy segura. Yo la quiero como si hubiese de estar eternamente entre nosotros, y Dios no puede haberme hecho concebir ese sentimiento con el designio de arrebatarme a Germana de entre los brazos; sería impropio de la bondad divina. Y ahora, una revelación: don Diego ...

... ama a su mujer. La ama con amor puro, desprovisto de las impurezas terrestres."





"Tiene por ella la adoración religiosa que un buen cristiano dedica a la santa de su capilla. Cuando esté curada..., ¡ah!, entonces ya veremos. Quizá también ella llegue a corresponder a ese amor." Esta carta, que terminaba con expresiones muy cariñosas para la Duquesa, tenía la siguiente posdata: "No se olvide del criado. Sobre todo, que sea joven; nuestros matusalenes del hotel Villanera no se aclimatarían aquí." Margarita, llena de alegría, mostró la epístola a su marido. Nada más natural; pero las consecuencias de este hecho fueron excepcionales. Antes de exponerlas...



...veamos algunos fragmentos de lo que Germana escribió a su madre, también desde Villa Dandolo, con fecha 7 de mayo del mismo año 53: "Durante la última crisis que he atravesado, padecí mucho. Muchas personas, en mi lugar, hubiesen deseado morir. No obstante, yo me agarraba a la vida con obstinación increíble. ¡Cómo se cambia! Y ¿en qué consiste ...

... que yo no vea las cosas con los ojos de antes?... Nada me falta, y todos son muy buenos conmigo, incluso el señor de Villanera. El doctor Le Bris, usted lo sabe, es perfecto; me trata como si esperase curarme. Mi suegra es como usted misma. El Marqués, un excelente hombrecito. Nuestra vivienda, inmensa, confortable, soleada, rodeada de naranjos, de higueras, de áloes, de chumberas, de parras, que disfruto, reconciliada con la fragancia de las flores. Percibo ahora ...



... la belleza de este mundo, creado por Dios para placer del hombre. ¡Qué feliz es todo el que vive! Hay instantes en que pienso que yo también viviré... Por desgracia, existen gentes que se pondrían luto si yo curase. ¿Estará entre ellas el Conde de Villanera? Me he fijado en sus ojos, por vez primera, hace pocos días; son unos hermosos ojos, capaces de engañar al más listo, pero que cuesta creer sean los de un mal hombre."



Decíamos que la Duquesa exhibió a su esposo la carta de la Condesa viuda. El señor de La Tour de Embleuse tomó a su cargo el procurar un nuevo criado para la Villa Dandolo. Eran tiempos en que el Duque había concebido una insensata pasión por la señora Chermidy, que ésta, después de haberlo atraído mañosamente a su salón, fomentaba calculadamente.





Lleno de locas esperanzas, el Duque hacía confidente a Honorina de todo lo que ocurría en su casa. De esta suerte, la señora Chermidy se hallaba minuciosamente al tanto de las alternativas de un viaje que cada día la tenía más inquieta. Por el Duque sabía lo que el doctor Le Bris no le decía a ella en sus cartas, pues don Diego, por convenio expreso, no escribía a su antigua amiga. Enterarse del pedido de la Condesa viuda y concebir un plan diabólico, fué para Honorina una misma cosa.

La persona de confianza de la señora Chermidy era una parienta lejana, que desempeñaba cerca de ella funciones de ama de llaves, y a quien nadie conocía por su nombre sino por el apodo de **Le Tas. Le Tas** tendría, sin duda, algún recomendado para enviar a Corfú, y el Duque sintió por anticipado el agrado de complacer a Honorina a tan bajo costo.





Después de esa promesa, **Le Tas** conferenció largamente con Honorina —único afecto de su alma, dicho sea de paso—, tomó el tren para Corbeil y en Corbeil se entrevistó con un hombre llamado Mantoux, instalado con negocio de cerrajería.

Al día siguiente, Mantoux compareció ante la señora Chermidy, quien le dijo: —La plaza que voy a dar a usted es magnífica. Un amigo, el señor de La Tour de Embleuse, busca un doméstico para su **hija**, que se halla moribunda en Corfú. Tendrá usted muy buen sueldo y 1.200 francos de renta vitalicia cuando muera la enferma. El sueldo le será pagado por la familia; en cuanto a la renta, yo me encargo. Pórtese como un buen servidor y espere pacientemente el fin.



MOMENTO HUMORÍSTICO



-¿No soy un genio, mamá? Esto es lo que se llama arte moderno.



-Los vecinos de abajo parece que se han comprado una antena gigante para el televisor, ¿verdad?

El clima de las islas Jónicas —Corfú entre ellas— es de dulzura y regularidad inigualables. Allí el invierno no es sino la transición del otoño a la primavera; los veranos, de una serenidad absoluta. De cuando en cuando pasa una nube que jamás se detiene. El buen tiempo curaba lentamente a Germana.













A Homero siguieron otros grandes nombres: Dante, Ariosto, Cervantes, Shakespeare. Comentándolos, las ideas personales y la ilustración del Conde —demasiado modesto para exhibirlas espontáneamente— iban saliendo a la superficie, y Germana descubría con orgullo la elevación mental de su marido.





¿Cuántas veces, en la intimidad de la vida de familia, fué turbado el espíritu del Conde por el recuerdo de la señora Chermidy? Nadie podría decirlo, ni siquiera el doctor Le Bris, que observaba con atención sostenida la evolución de los sentimientos de su amigo.

Por otra parte, los huéspedes de Villa Dandolo no vivían en soledad. El aislamiento no se encuentra más que en las grandes ciudades, donde cada uno vive para sí. En el campo, hasta los menos sociables se buscan. La familia de Villanera tuvo, pues, su círculo amistoso en Corfú, y las visitas eran tanto más frecuentes cuanto más se afirmaba la salud de la joven Condesa. Se contaban entre esas relaciones el propietario de la villa, Conde Dandolo; su hijo Spiro; el doctor Delviniotis, profesor de química de la facultad de Corfú; el juez Stevens, del tribunal real de la isla; la Baronesa de Vitré y su hijo Gastón: y...





...el ruidoso capitán Bretignières, establecido en Corfú desde 1814, que contagiaba su alegría a todos y solía hacer filosofía mientras echaba vino en su copa.

Cuando se está en buena compañía, se puede beber impunemente tanto como se quiera.

Germana estaba siempre con buen apetito cuando el capitán comía allí.



En Villa Dandolo había una persona, una sola persona que acechaba con creciente disgusto esa recuperación de Germana. Era Mantoux, el criado que el Duque había enviado por recomendación de la señora Chermidy. Las instrucciones de Honorina eran tan inocentes como se ha leído más arriba; pero Mantoux sabía que sería rentista a partir de la muerte de Germana, y, si **Le Tas** había ido a buscar a un cerrajero de Corbeil, era porque sabía que éste era capaz de acelerar lo que la naturaleza y la ciencia se complacían en retrasar.

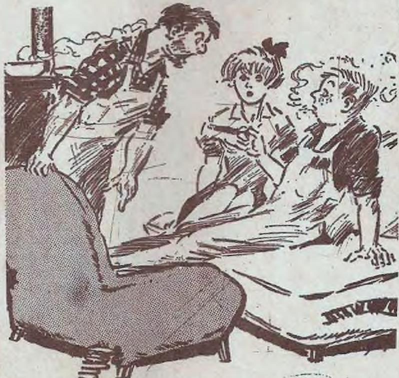
Mantoux sólo había aceptado el ser sirviente como vía de tránsito hasta la fortuna. Jamás pensó en servir mucho tiempo. Las palabras con que lo despachó la señora Chermidy hicieron de él un asesino en potencia y, al adquirir la certidumbre de que Germana se salvaría, resolvió envenenarla. Compró unos gramos de ácido arsenioso, tomó...





...una pizca —cantidad bastante para matar a dos hombres— y la disolvió en un vaso de agua. Puso el vaso en una tabla alta de la alacena y, sin perder tiempo, echó algunas gotas de ese líquido envenenado en el agua azucarada que servía a la enferma todas las noches. Prometíase repetir la operación y eliminar así, lentamente y sin dejar rastros, la vida que le vedaba disfrutar de una renta de 1.200 francos.

Mantoux procedía inspirado por un prejuicio muy extendido. Ignoraba que el veneno mata de una vez o no hace nada. Creía que aquellos miligramos de ácido arsenioso ingeridos diariamente se unían en el cuerpo hasta formar gramos. Si hubiese tomado buenas lecciones de toxicología, habría sabido que las dosis microscópicas producen efectos distintos de los que él perseguía.





La transformación de la joven era ya ostensible. Le Bris, en sus periódicos reconocimientos, notaba que las zonas pulmonares impermeables al aire eran cada vez más circunscriptas.



A favor del restablecimiento de la joven Condesa, la mesa de Villa Dandolo se hizo tan concurrida como animada. En una de esas oportunidades, precisamente el 31 de agosto, la conversación recayó sobre política colonial en Oriente. El Conde Dandolo, asiduo lector de periódicos, evocó el reciente incidente de Ky-Tcheou, y Villanera, que no los leía desde que estaba en Corfú, le pidió detalles. Los chinos habían asesinado...



¿Sabe los nombres de las víctimas?

El marino...

...es el comandante Chermidy...

Sólo tres de los comensales conocían lo que ese nombre significaba para el Conde y para su esposa, y sólo...

...esos tres —Germana, don Diego y la Condesa viuda— podían medir la trascendencia posible de la noticia que acababa de enunciarse tan simple e ingenuamente. Villanera palideció, bajo la mirada escrutadora de su mujer, que no logró descubrir el menor asomo de alegría en su semblante; la anciana abandonó bruscamente la mesa. Minutos después, al servirse el café, Germana halló la coyuntura para llevar al señor de Villanera hasta el jardín.

Don Diego, la mujer que usted ha amado es ahora libre. Mi vida y mi salud pasan a ser un obstáculo para la dicha de usted.

Su vida y su salud, Germana, son presentes de Dios, y, desde que la conozco bien a usted, bendigo esos decretos de la Providencia.

Pero esa mujer..., esa despreciable mujer...

Yo ya no la amo: mi corazón está lleno de usted, y en él no queda sitio para otra. Pero para mí ella no es despreciable, porque me ha amado...







La confesión descendió como un rocío matinal sobre el corazón de don Diego. La sensación fué tan deliciosa, que le hizo olvidar los cuidados presentes y los placeres pasados. Una luz nueva iluminó su espíritu, permitiéndole comparar sus antiguos amores, agitados y cenagosos como un charco, con la dulce limpidez de la felicidad legítima. En cuanto a Germana, acababa de dar y de recibir los primeros besos de amor...

Llena de confusión y de dicha, se separó de su marido y corrió a encerrarse en su dormitorio. Un punto luminoso que brillaba en la estancia atrajo su atención: la luz de la lámpara se reflejaba en un pequeño globo. Germana creía que debía su salvación a este aparato, cuyos tubos inhalaban yodo puro en sus pulmones. Súbitamente, estimulada por la perspectiva de felicidad que se le ofrecía inequívoca, concibió la idea...





...de precipitar su curación, ingiriendo una buena cantidad de yodo fuera de la prescripta. Preparó el aparato y bebió con avidez el vapor violáceo. Sentía que la vida entraba a borbotones en su cuerpo juvenil...

No se supo qué cantidad de yodo sorbió. Cuando la anciana Condesa abandonó el salón para ir a ver a la enferma, la encontró sin sentido, presa de una fiebre violenta. Le Bris comprobó una inflamación en los pulmones. Espantado, como...



...el marino que encuentra un banco de rocas a la entrada del puerto, llamó en consulta a todos los médicos de Corfú. Nadie se atrevió a responder de la vida de la enferma. Sus amigos acamparon en la casa, durmiendo donde podían y comiendo lo que encontraban, víctimas de la más profunda aflicción. A los ocho días del accidente, el desenlace fatal era cuestión de horas. Le Bris escribió al señor de La Tour de Embleuse para que preparase el ánimo de la Duquesa, y Mantoux aviso a **Le Tas.**



Esas noticias llegaron a París el 12 de septiembre. Honorina sabía desde hacía dos semanas que era viuda. Se vió ya Condesa de Villanera y, poseída de loca alegría, reunió cien mil francos en efectivo y partió para Corfú en compañía de **Le Tas.** En la puerta de su casa quedaba el enamorado Duque, mesándose en su desesperación los cabellos que habrían sido respetables de no haber estado teñidos.



Devorada por la impaciencia, la señora Chermidy hizo el trayecto de Trieste a Corfú en el puente del barco y con los gemelos en la mano. Una gran desilusión la esperaba. Desde el 8 de septiembre, Germana, la desahuciada Germana, convalecía rápidamente. La reacción de su organismo era tan prodigiosa, que...



...el Conde, su madre y los propios médicos tardaron en admitir la realidad. Aunque el hombre se habitúa antes a la dicha que al dolor, aquellos corazones amantes, tan duramente puestos a prueba, permanecieron unos días en suspenso, temerosos de ser juguetes de una ilusión. Al fin, los facultativos reconocieron que no sólo había pasado el peligro sino que la crisis había sido beneficiosa. Germana estaba curada y entraba en posesión de la vida con la alegría impetuosa de sus veinte años.

Instalada en el **Trafalgar Hotel** de Corfú, Honorina conoció estas nuevas primero con incredulidad, después con rabia y despecho. Uno de los mensajeros que la informaron de lo que ocurría en Villa Dandolo le llevó a Mantoux. Esta vez la señora Chermidy le habló sin reticencias. Si el veneno...



...había fallado, podía usarse un medio más directo. Estaba siempre dispuesta a pagar espléndidamente. Por eso había llevado consigo 100.000 francos en oro y billetes... Los ojos de Mantoux relampaguearon de codicia. Sí, había un medio simple y rápido de tener cien mil francos...



Y Mantoux hundió su puñal en el espléndido pecho de la señora Chermidy. Se apoderó del dinero, pero sus cálculos fallaron, y no fué lejos en la huida.



Los Condes de Villanera, después de un largo viaje, regresaron a París. Llevaban una hermanita del Marqués de los Montes de Hierro. Las dos abuelas compartieron sin celos el gobierno de una gran casa. En cuanto al viejo Duque, había muerto poco después que Honorina, cuando formulaba promesas de enmienda que nadie le creía.



BUEN HUMOR



-Deja de silbar. No. . . pue. . . do. . . con. . . cen. . . trarme. . . en. . . el. . . tra. . . ba. . . jo. . .



-¿Quieres casarte conmigo, Helena? Tienes el peso exacto para este barco.



-Mamá viene a quedarse por poco tiempo, querido.



-Me encantaría darle el aumento que me pide, Juán, pero los tiempos son muy difíciles y mi esposa le puso el ojo a un largo y azul auto convertible.

EN LA ENCRUCIJADA

NADA MAS JUSTO QUE LA DICHA DE LOS DESDICHADOS

Agradecemos a Verónica L. el relato que da origen a la presente "Encrucijada". Sabemos que saldrá airosa de ella y con la gratísima sensación de quien ha cumplido con un deber.

Por JOSEPHINE BERNARD

DIBUJOS DE J. PÉREZ DEL CASTILLO

Verónica comienza diciéndonos:

"No suelo asombrarme fácilmente. En primer lugar, he cruzado ya la línea de los treinta años, de los cuales, cerca de veinte, han sido de lucha. Vuelvo a repetir que no me asombro así como así."

No obstante, no pude disimular mi estupor ante cierta carta.

¿Alguna contrariedad?

Una invitación para que pase el verano en casa de unos parientes.

¡Ah! Por su aspecto, temí que hubiera sucedido algo malo ...

Si es bueno o malo aún no lo sé. Lo que sí, es insólito.

Lo último que esperaba yo, en este mundo, es que mi prima Sofía me escribiera con esta cordialidad y me invitase a pasar unas vacaciones en su casa.

Para ella yo soy algo así como la oveja negra de la familia.

No aceptó nunca que una mujer -casi una niña como era yo cuando quedé sola- fuera y viniera entre hombres de negocios; discutiera con ellos y hasta los superase en buen sentido.

Eso tiene un nombre: "envidia".

¿Qué tal es su prima?

Mayor que yo y feíta. No obstante la que quedó soltera fui yo.


Porque usted no habrá querido casarse.


Es probable que los números me hayan atrapado un poco.


Pero, volviendo a aquella carta, que es la que da origen a mi relato, ella me hizo preguntarme :
(¿Qué hay detrás de ella?)


Sobre eso habría mucho que discutir.
(¿A qué se debe que después de tantos años, Sofía se acuerde de mí, y hasta se rebaje para pedirme que vaya a pasar el verano con ellos?)


Creí encontrar una explicación bastante razonable.
(Deben necesitarme. Andarán cortos de dinero y querrán pedirme un préstamo.)


No soy rencorosa. No soy capaz de desairar a nadie. Ellos son prácticamente mi única familia. Si se agrega a ello que no hubiera podido pasarme sin averiguar el motivo de tan sumisa invitación, es fácil comprender que la acepté.


Mi primer sorpresa, que echaba por tierra mis deducciones, me la llevé al ver la casa de mi prima, levantada en una loma de color esmeralda.
¡Es toda una residencia!


No por eso mi mente dejó de trabajar. Al contrario.
(Quieren que me entere de que no solo yo fuí capaz de hacer fortuna.)


Llegué antes de lo previsto. No me esperaban. La mucama que sabía de mi llegada, me previno al recibirme.
Tengo entendido que hace muchos años que no ve usted a los señores.


Debo prevenirle sobre algo.


No tuvo tiempo de hacerlo;porque sin hacer el más leve ruido y como si fuera una aparición, se deslizó hacia nosotras y en un sillón de ru s, la criatura más angelical que q a imaginar.


Aquella criatura, que tanto había podido caer de un cuadro como del cielo, me miró con sana curiosidad.
¿Eres la prima Verónica?


Yo soy Elba.


Comprendí que lo que había querido decirme la mucama: era que no hiciera ningún gesto de asombro o desagrado al ver a quella jovencita en un sillón.


Puedo tutearte, ¿verdad ?
Desde luego que sí.


¿Sabías que yo existía?
Naturalmente.


Pero no sabrías de esto, claro. Tuve un accidente hace años. No puedo andar. Pero, y estoy mejor y sé que podr erlo algún día.


¿Estaba soñando? ¿Aquella jovencita era hija de mi prima Sofía? Había que creer en los milagros. Elba era un verdadero ángel.


Me observaba de pies a cabeza con sus inmensos ojos aguamarina llenos de luz y de bondad.
(Y eso que debe haber oído a su madre decir vaya a saber qué enormidades de mí.)


Me acompañó en su sillón a recorrer la casa. Amplia. Con todos los adelantos y el confort modernos.


Descorrió la cortina de una monumental vidriera que daba a las sierras.
¡Mira qué hermoso panorama!


Me señaló un coche que se acercaba a lo lejos.


Allá viene mamá. Creo que fue a buscar a mi tía Clara y a mis primas.

Era visible un notorio contraste entre mi prima Sofía y su hermana mayor. Sofía vestía de acuerdo a aquella hermosa casa. No se podía decir que Clara vistiese mal, pero se me ocurrió que estaba usando las ropas que Sofía desechaba.



Me reprochaba mentalmente estar buscándole una segunda intención a aquella invitación en vez de disfrutar de mis vacaciones y del panorama. Pero razonar es algo superior a mí. Y por cierto que de no haber sido así, pude haber causado algún destrozo.



El marido de mi prima llegó acompañado por un joven de unos veintisiete años y bastante buen mozo.



Sin que supiéramos cómo, mi primo político, aquel joven y yo, nos encontramos hablando de negocios. Mi primo me propuso algo.



Había que descartar la idea de que mis primos me necesitaran. La extensión de tierras que poseía mi primo, apenas podía abarcarse con la mirada desde una loma.



El joven que nos acompañaba se dejó arrastrar por el caudal de sus proyectos.



Sus planes: La idea de cómo fraccionar aquellas tierras, me pareció sumamente interesante, razonable y factible.



Como de vuelta en la casa, aún estuvieran allí Clara y sus hijas, mi primo deslizó algo a mi oído.





Era tan claro como la luz del sol en aquella loma, que a Clara y a sus hijos las devoraba la envidia. Comprendí que eran muy malas. ¿Cómo podían envidiar, por ejemplo, a aquella dulce criatura que iba y venía en su sillón sin una queja, solo porque estuviera destinada a heredar una gran fortuna?



Se quedaron a cenar y luego mi primo tuvo que acompañarlas a su casa. Mi prima Sofía le dijo a Elba:



Sofía acompañó a su hija y nos quedamos solos aquel joven y yo. Pasamos el resto de la velada hablando de negocios.



Cuando entró mi prima Sofía traía a flor de labios un elogio para mí.





Por una u otra razón, todas las noches aquel joven y yo, nos quedábamos solos. Invariablemente la conversación recaía sobre temas mercantiles. Imaginando las tierras de mi primo, perdidas en la noche, Luis Verissi soñaba.



Habría que fraccionar un tercio de terreno y venderlo a precio accesible.



Como mi pregunta respecto a la verdadera causa de aquella invitación estuviera quedando sin respuesta, lo que yo no aceptaba, estudiaba el rostro de todos los habitantes de aquel hermoso lugar.





En el rostro de mi prima Sofía, se leía inquietud. Inquietud que se acentuaba con las visitas de su hermana. En el de aquélla, la ambición había impreso una máscara insufrible. Algo similar, estaba sucediendo con sus dos hijas.



En el rostro de Elba, se había apo-sentado la segunda de las virtudes teologales. La esperanza.

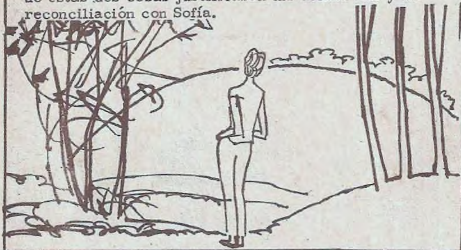


Según mi kinesióloga, sólo tengo que tener un poquito más de pa-ciencia.





Elba y el paisaje eran allí lo único bello. Cualquiera de estas dos cosas justificaban mi estada allí y mi reconciliación con Sofía.



Como mi pregunta continuara sin respuesta, observaba, miraba, escuchaba. En cierta oportunidad logré escuchar.







Tenían que complementarse perfectamente. Era indudable que lo de ambicioso iba por Luis Verissi y lo "muerta de ganas de tener marido" por mí.



Presté atención al modo de tratarme de Luis.





Por fin, aquel joven me abrió su corazón, comenzando de este modo.




Y yo a ella, no le digo nada. Es un verdadero ángel.


La vida que, de momento, ha inutilizado sus piernas, le ha provisto de un par de enormes alas.


No sé si Elba llegó volando o no, pero lo cierto es que de pronto apareció a nuestro lado. Nos miró con ansiedad a Luis y a mí.
¿ Se lo dijiste ya?


Díselo.


Yo sé que ella nos comprende. Yo sé que ella cree en ti.


Luis y yo nos amamos.
Pero yo no me atrevo a decírselo a sus padres.


Como yo estoy, así, podrían creer que lo que me tiene es compasión.


No es eso, querida. Lo que yo temo, es que piensen algo mucho peor.
Yo soy pobre.


-Pero aunque fuera un príncipe, renunciaría a mi trono por el amor de Elba, se lo juro.
No es necesario que me lo jure. Lo creo.


No había más que mirarles a los ojos, para saber cuánto se amaban. Y si yo no lo había advertido hasta entonces, es porque nunca les había visto así, frente a frente, y sin otro testigo que yo.


Entonces, recién entonces, comencé a vislumbrar la verdad.
(¿No me habrán traído como cebo?)


(¿No se habrán dicho que siendo yo rica, aún joven y no mal parecida y siendo él ambicioso, puesto a elegir entre la fortuna junto a una inválida o junto a una mujer "ya mayor", elegiría lo segundo?)

















Hasta aquí lo que cuenta Verónica, que ahora se siente desertora. Verónica agrega: "Tengo idea de haber escapado de una encrucijada, pero caminando hacia atrás. Y sé que hasta tanto no vuelva a entrar en ella, para volver a salir, pero en la dirección debida, no tendré un momento de reposo. Lo malo es que, no sé qué dirección puede ser esa". No hay brújula que marque el Norte en asuntos como ése. Pero, puesto que la misma Verónica se refiere a una red tejida por las manos de esas dos señoras, -Sofía a instancias de Clara- cabe recordar que a veces las redes se complacen en envolver a quiénes las tejen.





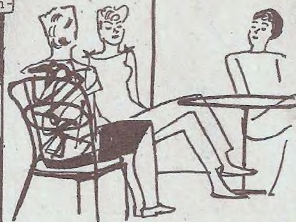



Sabemos que vamos a tener inconvenientes. No es fácil creer en nuestro amor.
A mí me ha resultado facilísimo creer.


Claro que no soy yo quien tiene que dar el sí. Pero, déjeme hacer.


Cuanto le pido es que no muestre asombro ante lo que pueda ver u oír.


Ante los demás, particularmente ante las mujeres -con excepción de Elba- simula que tu vuelta está marcada por el interés que sientes hacia ese joven.


¿Se te declaró?


Yo no he dicho que él esté interesado en mí, pero yo en él sí. ¿Y por qué dejar las cosas a mitad de camino?


Cuando un negocio es interesante hay que seguirlo hasta el final. Esa es mi norma.
¿Negocio, Luis?


Es una luz. De aquí a tres años habría triplicado mi capital.


Si logro interesarle, podrá decirse que soy la mujer más afortuanda de este mundo.


Calculen... Un marido joven, buen mozo, con una fabulosa visión para los negocios.


Una Rockefeller me lo envidiaría.


¡Merecía la pena dejar cualquier cosa plantada en Buenos Aires y volver, ¿no les parece?

Es casi seguro que Sofía comenzará entonces a observar a ese joven de un modo distinto, a verle tal como es y, ¿ por qué no? a experim ntar un poquito de fastidio ante la idea de que tú puedas llevártelo.



Cuando menos lo pienses, seguramente antes de lo que crees, le oirás decir: -Supongo que tú no sabías que Luis quiere casarse con nuestra hija.

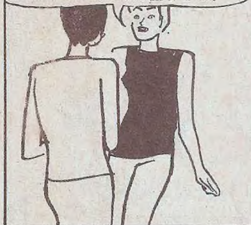


Te imagino mostrando admiración, sorpresa...



¡Ahora comprendo por qué, pese a que yo le buscaba, él me rehuía!

Olviden lo que dije. Mi iré mañana mismo, y desde luego, no intentaré acercarme a él.



Pero no sólo te acercarás a él sino a los dos.



El camino hacia el pedido de mano está abierto . de par en par.

Siento no quedarme para ese glorioso instante, pero se supone que debo estar despechada.



No dejen de escribirme contándome cómo fue.



Fue maravilloso. Mamá no se opuso, y papá... pienso que siempre estuvo de nuestra parte. El mejor regalo, aparte de tu recuerdo, fueron las palabras de mi médico. El asegura que dad me

"El asegura que mi felicidad me hará andar antes de lo que habíamos pensado".



"Has sido nuestra verdadera providencia. Que Dios te bendiga".



Es lamentable que tu prima piense que su hija no está en condiciones de despertar un gran amor. También lo es que se deje influenciar por su hermana. Pero, esa misma predisposición que parece tener para dejarse conducir por los demás, hará que en manos hábiles y sobre todo bien intencionadas, haga lo justo. Y nada más justo que la dicha de los desdichados.



FIN

BEN CASEY

en : PASIÓN POR EL ARTE

Por NEAL ADAMS

En Roma, un ganador del premio Nobel de Física cierra el sobre de una carta.

(Esto será una sorpresa para ella.) Signora, haga el favor de poner esto en el correo cuando salga de compras.

Sí, señor Ferrante.

Una semana después, la carta se aproxima a su destinataria.

Ya que usted va a la casa, ¿qué tal si se lleva esta carta? Es para la señorita Myra, la hermana de la señora Hunt.

Con mucho gusto.



Las cosas no parecen ir tan bien en el estudio-dormitorio de Myra Peake.

(Realmente, no lo siento... Mi tacto no parece estar nada bien. Mis dedos... ¡y otra vez esa sensación!)

Baja , Myra. Nuestro huésped de fin de semana ha llegado.

Minutos después...

Después de todas mis cartas, Eduardo Farrante ha contestado por fin. ¡Acepta posar para mí!

¿Qué lo habrá convencido?

















Al salir Ben del estudio de Myra...









Está bien..., me sorprendiste bebiendo. No finjas no haber visto nada.

¿ La botella... ? Quiero decir las botellas, Myra. Y las tienes bien escondidas, ¿ eh?





Luego de la cena...







¿Temblar? ¡Tengo las manos más firmes que las de un neurocirujano!

Más que las de muchos. Está bien, Myra... Te escucho. Dime cuál es tu problema.


Me alegro de que Myra se sintiera lo bastante tranquilizada para ir a dar un paseo con Ben, Joe. Recientemente la he notado... un poco... nerviosa...


Con la perspectiva de realizar dentro de poco una escultura de Eduardo Farrante, ¿quién podría culparla?

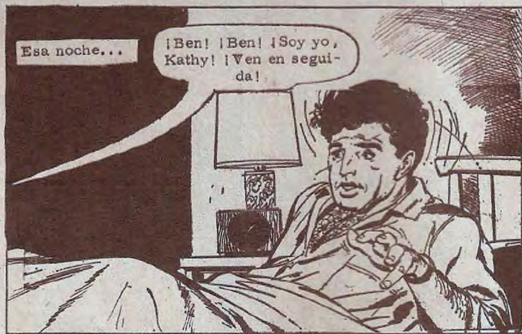

Sugieres que algo anda mal en tus dedos, Myra. Pues bien, ¿por qué no te haces un examen médico completo?
Yo... yo... no tengo tiempo, Ben. Eduardo Farrante vendrá pronto, y...


¿Temes que te encontremos algo grave? ¿O temes que se sepa que, después de todo, tu único problema es el alcohol?
¡Eres odioso!




¿Qué pasó, Ben? Myra entró como un huracán en su habitación, sin decir palabra. Estaba pálida como la cera.
Creo que ya hubo bastantes palabras, Joe. Myra necesita un examen médico a fondo.


¿Puedes decirnos de qué se trata, Ben?
Creo que no..., al menos por ahora.


Esa noche...
¡Ben! ¡Ben! ¡Soy yo, Kathy! ¡Ven en seguida!

¿Hay un incendio?

¡Es Myra, Ben! ¡Ven rápido!



Por favor, no... No me hagas preguntas ahora, Ben.

Está bien. Entonces te las haré por la mañana. Irás conmigo al hospital general del condado, aunque te tenga que llevar a los empellones.

¿Entiendes?

Sí, Ben... Me iré.

A la mañana siguiente...

Maggie, quiero que le hagan un examen neurológico a la señorita Peake. Comienza tú, y yo te ayudaré luego. Ahora tengo algunas operaciones de menor importancia que hacer.

Cómo no, Ben.

(¡Y yo creía que sería una operación sin importancia!)

Esto nos llevará algún tiempo, señores. Deberemos ir más a fondo de lo que suponíamos.




¡Señorita Peake no tome eso! ¡Démelo... ! ¡Démelo!




Oyendo un alboroto en la habitación de Myra Peake, Ben irrumpe, y...
¡Whisky, doctor Casey! Segurmanete, lo metió de contrabando.
CRRAAAS
Yo me ocuparé de esto, señorita Danzig.


Con que no es ningun problema, ¿eh? Veo que has traído algo para celebrar el cumpleaños de Atila el Hüno.
No lo entiendes, Ben... Hace poco de esto... Fue la nerviosidad y la frustración de no conseguir una oportunidad... El miedo de fracasar cuando Farrante pose para mí...


La bebida no significa nada para mí. Es sólo... un par de muletas temporarias.
Muletas que pueden durar toda la vida. Si realmente quieres dejar el vicio, déjalo de golpe. Ahora, ni siquiera estoy seguro de que necesites un examen médico.


Quiero que me lo hagan, Ben. Por eso vine acá. Ya no te lo ocultaré más: las puntadas que siento en los dedos y en las manos me tienen loca.


¡Puntadas! Myra, ¿porqué no me lo dijiste antes? ¿Qué más sientes?
Dejo caer cosas que tengo en la mano. Mis dedos parecen estar debilitados. Temí que eso me impidiera hacer un buen trabajo con Farrante...


¡Y por eso te diste a la bebida! El viejo substituto del valor... Bien, quizá podamos todavía solucionar todos tus problemas. Creo que ahora sé por dónde comenzar a investigar.


(¿Será posible, señor Farrante, que le haga una buena escultura? Casey cree que sabe cuál es mi problema. Tal vez me pueda remendar a tiempo.)


(Y quizá yo logre demostrarle a Casey que vale la pena intentar remendarme.)


¿Alguna duda, Ben?
Muy pocas, Maggie. Reflejos debilitados... Dedos poco firmes... El mielograma lo prueba.


Un disco cervical gravemente dislocado..., pero si hacemos una laminectomía..., como tenemos que hacerla, no sé si la pondremos a tiempo en condiciones para que trabaje con Farrante.


Es una decisión difícil, Myra. Si operamos ahora, quizá no haya tiempo suficiente para que recuperes la fuerza de los dedos cuando llegue Farrante. Además, corres el riesgo de sufrir un mayor daño nervioso.

Y si postergas la laminoctomía para remover el disco, quizá no tengas la suficiente destreza manual para hacerle justicia a Farrante.


Bueno, insisto en que tú tomes la decisión, Ben. Tú me metiste en este atolladero, y tú me tendrás que sacar de él.
Lo haré sólo si comprendes que la decisión que tomaré obedece a razones exclusivamente médicas. ¿Conforme?


Parece algo complicado, Ben.
Peor de lo que esperábamos, Maggie. No podremos ponerla bien a tiempo para que esculpa a Farrante.


Una limpia laminectomía, Ben. Si alguna vez tengo el disco cervical disloca-do, ya sé a dónde acudir.


Hubiera querido ase-gurarle a Myra un pronto restablecimien-to, pero las noticias que tengo para ella son..., bueno...


...y a causa de un profundo daño nervioso, Myra, va a pasar algún tiempo antes de que estés en con-diciones.
¿Una semana o dos más que las previstas? ¡No puedo, Ben! Farrante dice que se-rá la única vez que...


Lo siento, Myra. A veces no se pueden apresurar los procesos curativos de la naturaleza.
No puedo urgir a la na-turaleza..., y no pue-do demorar a Farrante. ¡En qué lío estoy!


Una semana más tarde...
De modo que está aquí para cumplir la primera parte de su gira... Bien, creo que lo voy a atropellar al caballero.


Esa tarde...
Lo lamento, pero es imposible, doctor Casey. No puedo demorarme una sema-na más. Eso sería echar a perder la única vacación que he tenido en años.
Entiendo, señor...


Lo que pasa es que ella puede echar a perder su propia salud, y todo por haberla jugado a la posi-bilidad de esculpirlo a usted.
¡Las mujeres! Créame: la primera vez que ella se puso en contacto con-migo, me di cuenta de lo tontamente que actua-ba... Una mujer obsti-nada... pero al final admirable.


Bien, le acon-sejaré que olvide la es-cultura por un tiempo y se dedique a restable-cer su salud. Eso, por supuesto, es más im-portante que su carrera.
Desde luego, doctor. Pero, por favor, transmítale la expresión de mis sentimien-tos.


(No puedo culpar a Farrante por rehusarse a quedar aquí una semana más. Un hombre como él dispone de poquísimo tiempo hasta para sí mismo.)


¿Puedo serle útil?
Sí, por favor. Deme unos bombones capaces de levantar el ánimo..., si los hay de esa clase.


Lo siento, Myra. Farrante no puede permanecer aquí una semana más, después de la gira que hará a los centros científicos.


Gracias de todos modos, Ben. Has sido muy amable en dedicar a esto tu valioso tiempo.
Lástima que los resultados hayan sido tan pobres...


¿Cuándo puedo volver a casa?
Mañana, si quieres. Pero tendrás que tener cuidado, y no cometer imprudencias. Iré a verte dentro de un par de días.


Ben... Y he estado pensando que, en cuanto a esculpir cabezas, la tuya no quedaría mal en bronce o arcilla. Ya que Farrante queda descartado, tendré que hacer mi reingreso al arte usándote como modelo.


¡Ah, signorina! Suena mal al oído eso de que Farrante queda descartado.


¿Puedo discutir la posibilidad de que usted no me descarte?


Mi querida señorita Peake, el doctor Casey me dio una buena receta para esta pícara conciencia que tengo... Y lo hizo a tiempo.
¿Qué... qué quiere decir, señor?


El celebrado hombre de ciencia, Eduardo Farrante, ha convenido en posar para la escultora Myra Peake.
Jamás me habría perdonado a mí mismo si hubiese permitido que su enfermedad la privara de la oportunidad que le prometí concederle.


Doctor, si permanezco una semana más en los Estados Unidos, ¿podrá ella...?
Es muy probable que sí, señor. Myra vuelve mañana a su casa, y dentro de una semana la examinaré.


Signor Farrante, en una palabra, usted es un encanto. Esto significa mucho para mi carrera.
Usted me halaga, signorina. Hasta la vista... ¡ciao!


Bien, Myra. Si está en pie la invitación que me has hecho para servirte de modelo...
Claro que está en pie, Ben.


Al día siguiente...
Kathy, cuida de que Myra descanse lo suficiente. Y tú, Myra, mantén ocupados los dedos. Teje un poco, aprieta una pelotita de goma..., y haz con los dedos todos los ejercicios posibles.
Seré una buena enfermera, Ben.


Martes...
Miércoles...
Jueves...
BONK
Viernes...


Sábado...
Conforme, Ben. Te esperaré en la puerta.


Ya te debo bastante, Ben.. Y ahora me dedicas tu día libre.
Lo hago por pura vanidad. Quería ver qué tal luzco en la arcilla.


Cuidado con eso, que dentro de poco va a ser mi cabeza.
¿Qué tal te sientes ahora?¿Tienes fuerza suficiente en los dedos? ¿Y los tienes bastante sensitivos?


Están magníficamente bien; realmente bien.


Creo que lo lograré, Ben. Quedaré igual que antes de mi enfermedad.


Me alegro, Myra. Pero debes descansar después del almuerzo. Y no abuses del trabajo por ahora.


La cabeza que voy a esculpir de Farrante será un punto decisivo en mi carrera, pero sé que nunca voy a apreciar ninguna otra obra mía como la que ahora estoy cincelando.


Es una gran amabilidad tuya, Myra.
Gracias, Ben. Pero ¿es esa tu única reacción?


FIN

en todo menos en mí, Coral

Por PIER MICHELE

DIBUJOS DE D. HAUPT
















Parece que sólo fue una torcedura sin consecuencias. ¿ Podrá andar sola?
Lo intentaré. Ayúdeme a incorporarme, por favor.


Cuando estuviste de pie me alejé un poco, para verte entera, en la perspectiva azul del mar...
Debo pensar que es usted un experto en masajes... ¡ Ya estoy bien !
(No sabes cuánto lo siento... Hubiera querido ser tu lazarillo todo el resto del día.)


De todos modos me ofrezco a llevarla a su casa. ¿ Vive por acá, en Saint Tropez?
Sí, en la rue Cabanche.


Fuiste por tus ropas y volviste con ellas, para gustarme más y sorprenderme con un gesto tierno.
Tiene un magullón en la frente. Tome, le traje un poco de desinfectante.
Gracias.


Te dejé frente al "Cote D'or", un lujoso hotel. Pero me dolía e intenté un "otra vez".
¿Volveremos a vernos?
Tal vez... Ya sabe dónde puede encontrarme. Mi nombre es Coral... Coral Granvier.


Entonces hasta muy pronto, Coral. Antes de que llegue a su cuarto, recibirá el llamado de Franco Altieri. Adiós.


No pudo ser, Coral. Porque el que recibió un llamado fui yo, al entrar en mi hotel...
Es urgente, señor Altieri. Aquí tiene el número que dejaron para usted. ¿Le pido con Roma?
Sí, gracias.


¿ Hoy mismo? Bueno, tenía otros proyectos, pero si es así... Sí, por supuesto, ya averigüé sobre ese negocio.... Sí, viajaré esta noche.


Esa misma noche, sin llamarte, un avión me llevó lejos y tu quedaste aquí, en la Riviera..., donde sólo estabas trabajando detrás del mostrador del guardarropas del "Cote D'or".
Hoy también tenemos poca gente, Coral.
Sí, la "boite" es un desierto.


Atendiendo a gente como André Moupin.
Buenas noches, señor Maupin.
Hola, Coral... ¿Sabes que eres lo único que me trae al "Cote D'or "?


Entonces será por poco tiempo; el dueño piensa cerrar la "boite".
¿Qué harás entonces?


No lo sé. Buscaré otra cosa.
¡Es mi oportunidad, Coral! ¿Quieres trabajar en mi negocio?


¿Por qué dijiste sí, Coral? ¿Por qué? André Moupin te llevó al día siguiente a su negocio, un "reducto del viejo arte", como él lo llamaba. . .
Esto es lo mío, Coral. Cuadros antiguos, porcelanas de época. ¡Lo mejor de la Riviera!


De acuerdo, señor Maupin, pero ¿qué haré aquí? Yo no entiendo de estas cosas.
¡Mejor! Tú deberás atender a los clientes y ellos buscan lo antiguo. . ., pero sólo en arte.


Y además, encantadora Coral, deja de llamarme señor Maupin. ¿Quieres?
Está bien, señor. . ., digo André. ¿Te gusta que te llame André?


¡Magnífico! Creo que vamos a llevarnos muy bien.
(Mejor de lo que te imaginas, querido mío. . . ¡Nunca sabrás cuánto deseé conquistar a alguien como tú!)


Porque eras ambiciosa, Coral. . . Y pretendías llegar a todo lo que pensabas que un hombre como André podía darte. Porque, como yo, eras una inmiscuida en ese ambiente. Y esa noche, cuando tu primer día del nuevo trabajo había concluído. . .
¿Te llevo a tu hotel, Coral?
No te molestes, gracias.


Volviste, ya no al "Cote D'or", caro y lujoso, sino el "Alouette", mísero y escondido. . .
(Algún día viviré en otro lugar mejor.)


(Y tendré joyas y modelos exclusivos. . . ¿No los merece una chica tan bella como yo?)

Sí, los merecías, pero estabas aún lejos de saber el precio que André te haría pagar por ellos. Porque André Maupin también tenía sus propios planes contigo...



















Pensando en tu nombre fui a concretar "mi negocio", allí, donde estaba el de André Maupin, que era ahora también el tuyo. Pero no estabas y me atendió él.

¡Señor Altieri! ¡Cuánto gusto verlo! ¿Trajo lo prometido?

Sí.

Aquí lo tiene; ¡un legítimo Carotti! Acaso el único que queda a la venta.

¡Es magnífico!

Era un cuadro pequeño pero valioso. Mi primo, negociante de arte en Roma, me había comisionado para venderlo allí, en la Riviera. Yo jamás había estado antes en ese ramo, pero él me ofreció un buen porcentaje y necesitaba el dinero. Así, pasaba ante André como un coleccionista venido a menos que buscaba colocar una de sus piezas fuertes.

Puedo darle cinco mil dólares por él. ¿Está bien?

¿Cinco mil? Vale mucho más, señor Maupin. Preciso dinero, pero no voy a regalar este cuadro. ¡Ocho mil o nada!

André conocía su trabajo y no se alteró.

Tengo ya un comprador para este Carotti, pero él me dará bastante menos que esa cantidad. Lo siento, señor Altieri. Trate de colocarlo en otro lado.

Siendo así lo pensaré. Aún estaré una semana aquí y conseguiré quien lo adquiera por lo que pido.

De todos modos lo esperaré, pero ya sabe: sólo cinco mil.

Cuando salías te vi. Ibas a entrar al negocio y sé que me reconociste, pero tus ojos huyeron de los míos y mi saludo quedó mudo, frustrado por tu indiferencia.

(¡Es ella! ¡Coral! No es posible que se haya olvidado de mí.)

ANTIQ

Detuve un taxi y me fui, mientras tú le preguntabas a André:

¿Qué buscaba ese hombre aquí?

Es un coleccionista italiano que está arruinado. Trato un gran negocio con él. ¿Lo conoces?

Contaste lo de nuestro encuentro y tu amigo se alegró.

¡Maravilloso, Coral! Ese hecho nos ahorrará un montón de trabajo. ¿Te animas a hacer algo importante por mí?

¿Qué, André?

¡Me ayudarás a conseguir algo que nos hará millonarios! Después, mi amor, nos iremos de aquí, lejos... ¡A disfrutar de la vida!

¿No era tu sueño? ¿No era todo lo que ambicionabas? Sin saber cuál sería tu misión, aceptaste. Y ese mediodía atendiste mi llamado.

¿Franco Altieri? Sí, por supuesto que lo recuerdo... Debe disculparme; esta mañana no acabé de reconocerlo.















El plan era audaz, pero simple: cuando ganaras mi confianza te las ingeniarías para llevarte el verdadero "Carotti" y dejarme en su lugar uno falsificado, perfectamente falsificado por uno de los "expertos" amigos de André. Así, cuando yo notara el "cambio", los dos estarían lejos, disfrutando la ganancia que la venta les proporcionaría.






Me miraste con unos ojos nuevos, unos ojos llenos de gravedad. Fue como si mis palabras desnudaran tu alma y hasta tú misma te asombraras al descubrirla.
Eso es peligroso, muy peligroso...
Sí, Coral, porque puede llamarse amor.


Mis brazos te rodearon y temblaste en el lapso del beso.
Franco...


Después te volviste y miraste el mar. Tu voz, profunda voz de una mujer nueva que nació en mi beso, dijo:
¿Por qué lo hiciste?
Porque te amo, como no amé a nadie.


Eran palabras viejas, como el mar y la noche, como ese sentimiento que antes de unirnos había unido a millones de seres Y como siempre, en los momentos solemnes, uno de los dos trató de desviarse hacia un detalle trivial, intrascendente.
Aún tienes la cicatriz en la frente, Franco.


Sí, acaso me dure más que tú. Pero de todos modos será algo tuyo, para llenar mi consuelo cuando...
¿Quieres dejar de decir tonterías?


Más tarde, en el auto que nos llevaba al "Cote D'or", tuve que volver a la verdad.
Ahora debes saberlo, Coral:no soy ningún coleccionista y no entiendo nada de arte antiguo.
¿Y el "Carotti"?


Lo tengo, es cierto, pero pertenece a mi primo, quien me comisionó para venderlo aquí. Te lo mostraré, de todos modos.


Mi verdad no cambiaba las cosas y luego, al tiempo de despedirte, parecías luchar con la tuya.
¿Te veré mañana?
Sí, pero quería decirte que...


¿Qué, Coral?
Que... no me importa que no seas un coleccionista. Me gustas más así, siendo lo que eres.


André también te vio distinta, cuando por la mañana entraste en su tienda .
¿Qué pasa, Coral? ¿Malas noticias?
No, todo sigue caminando perfectamente, de acuerdo a tu plan. Hoy sabré dónde guarda el "Carotti" Franco Altieri.


Antes de que vinieses a mi hotel, a verlo, llamé a mi primo para comunicarle las novedades .
Han pasado dos días y André Moupin no se mueve, Renato. ¿Qué hago?
¡Espérame; viajo hacia allí mañana!


Renato se ocuparía de la venta. Me sentí aliviado; aún me quedaban unos días en la Riviera y podría pasarlos junto a ti. Te lo dije esa tarde, mientras esperaba que el conserje sacara la caja que contenía el cuadro del depósito de valores del hotel.
Todo mi tiempo será tuyo, Coral.


Aquí tiene su caja, señor Altieri.
Gracias, ahora subiremos a mi cuarto y podrás verlo.


Estabas triste y ni el cuadro te alegró. Si hubiese sido en verdad un coleccionista, habría sabido que tú eras neófita en pintura antigua, porque sólo dijiste:
Es un lindo motivo y muy colorido.


Me gustaría obsequiártelo, Coral, pero no entra en la escasez de mi cuenta bancaria.
Me conformo con mirarlo aquí, Franco. Además, no tendría un sitio adecuado para colgarlo.


Entonces pensé que no sabía casi nada de ti y quise saberlo todo de golpe.
¿Qué haces en la Riviera? ¿Con quién vives?
Vivo aquí con mi madre, pero ella está ahora en París, con mis hermanos, convalesciendo de una enfermedad.


¿Qué hago? De todo. He sido guía de turistas, encargada del guardarropas de mi hotel; ahora..., ahora estoy sin trabajo.


Es una lástima, Coral, pero si te animaras a venir conmigo a Roma, podría conseguirte algo en el negocio de mi primo. Tus conocimientos de pintura le interesarían.


Era algo así como un ofrecimiento formal, pero no lo tuviste en cuenta. Iba a decirte que él llegaría al día siguiente, pero te anticipaste volviendo tus ojos al cuadro, diciendo:
Es muy bonito, Franco. Ahora debo irme, pero me gustaría volver esta noche, a contemplarlo.


Acepté y te quedaste observando con atención, cómo guardaba el cuadro en su caja y lo colocaba dentro de una gaveta de la cómoda.
Así no tendré que molestar al conserje esta noche. ¿A qué hora paso a buscarte?
A las diez; luego podremos cenar en algún restaurante de la costa.


Mi felicidad contrastaba con tu tristeza. Afuera te dejé en un taxi y te miré con el corazón, que se me salía por los ojos.
Prométeme que pensarás en mi oferta, Coral; me gustaría tenerte conmigo en Roma y presentarse a los míos.


Acaso con la ayuda de ellos te obligue a quedarte allí para siempre, conmigo... en un hogar que sea nuestro.
Lo pensaré, Franco, lo prometo.


Y te alejaste. Y André te vio más triste que nunca.
¿Acabarás de decirme qué es lo que te ocurre?
¡Nada! ¡Déjame!


Te ocurría todo y André quiso saberlo, descubrirlo en tu llanto y en tu mirada huidiza.
Lloras, Coral, y si todo anda bien, sólo puede pasarte una cosa: ¿Qué sucedió entre tú y Franco Altieri?
Nada... no sucedió nada. Simplemente descubrí que es un hombre bueno, digno.


Habías pensado en todo, menos en mí, Coral... Porque envuelta en tus ambiciones, sólo buscabas un hombre importante, adinerado. Y ahora te impresionaba uno al que considerabas bueno y digno; nada más que bueno y digno.
Comprendo, querida, comprendo...


Olvidé que en el fondo no eres más que una sentimental. ¿Estás enamorada de él? ¿Crees que es más importante que nuestros proyectos?


Creo que no seguiré con este asunto, André. Sé dónde Franco tiene el cuadro. Puedes enviar a alguien para hacer el cambio.
¿Hablas en serio, Coral?


Ahora, que estamos a punto de concretar el negocio... ¿Olvidaste lo que ganaremos? ¿El viaje? ¿Todo lo que tendrás?
Tengo miedo, André, miedo de mí, de todo.


Pero André Moupin sabía cómo hacer las cosas. Y te regresó a su causa, con palabras que no te convencieron, pero que te hicieron recordar el casi compromiso con él.
Terminemos ésto, Coral. Cuando estemos lejos, olvidarás... No es hombre para ti.


Y esa noche viniste a ver el cuadro... a seguir con el plan. Estabas con el "Carotti", cuando...
¿Que te pasa, Coral; te sientes enferma?
No lo sé... la cabeza parece que quiere estallarme. ¿Irías abajo a buscarme un calmante?


Fui. Tú, en tanto, sacaste del bolso que llevabas un cuadro y un marco iguales a los otros que me pertenecían y realizaste el cambio.


Cuando volví estabas pálida y el calmante fue inútil, porque el mal estaba en tu alma y no en tu cuerpo.
¿Estás mejor? ¿Podemos ir a cenar, como dijimos?


Te dejé en el "Cote D'or" y prometiste llamarme si necesitabas algo. Pero poco después estabas en una de las habitaciones de la trastienda del negocio de André.
Aquí tienes el legítimo "Carotti". ¿Estás conforme, André?
¡Eres única, mi amor! Tengo los pasajes; nuestro avión sale mañana a la tarde para Alemania.


Ahora avisaré a mi cliente que ya tengo lo que buscaba. ¡Veinte mil dólares serán nuestros en cuestión de horas!


No te alegraste; parecías una autómata, cumpliendo los dictados de otro cerebro. Acaso del tuyo; del que tenías antes, cuando olvidando tu corazón, sólo pensabas en tu ambición.
Nos iremos lejos, Coral... Y aprenderás a quererme. Ya lo verás.


Lo demás sucedió vertiginosamente. Al día siguiente llegó Renato, mi primo, y me pidió el cuadro. Se lo entregué y al verlo se puso rojo de ira.
¿Y ésto? No es el que yo te dí, Franco! ¿A quién le enseñaste el "Carotti"?


Sólo a André Moupin y a ti. Se lo dije, casi con ingenuidad y recibí la descarga de su furia.
¡Te han timado, Franco! ¡Como a un chiquilín estúpido! Pero la culpa es mía... debí prevenirte.
¡Por Dios, Renato! ¡Explícate!


Se explicó: el "Carotti" que había traído de Roma era una copia del original y sólo podría comprarlo alguien como André Moupin, que no conocía mucho de ese pintor italiano. Ahora, lo habían cambiado por otro. ¡Era una estafa a un estafador!
¡Buen chasco se llevará cuando quiera venderlo! Lo malo es que no puedo reclamar su devolución.

No lo escuché. Pensaba en ti, Coral; eras la única que habías quedado sola con el cuadro, y ese bolso... ¿Me creerás? No me desilucioné. Pensé que esa era la causa de tu tristeza, de tu dolor callado. Y pensé que me amabas de verdad.



André Moupin. Su fotografía ocupó la primera plana de los diarios del día siguiente.



Intento de estafa y falsificación. André Moupin fue denunciado por el hombre al que pensaba vender un "Carotti" falso. El proceso comenzará hoy.

André declaró, pero no dijo tu nombre ni el mío; al fin tuvo un gesto digno. Pero Renato no se salvó ; el denunciante reconoció su estilo en la falsificación y mandaron prenderlo. El también fue justo y no me involucró. Así, quise verte en el "Cote D'or" cuando todo había pasado.



Tuve que insistir, pero finalmente bajaste. Y salimos a caminar por la costa. Era la hora del crepúsculo; el sol moría en alguna parte y el cielo estaba violeta. Ibamos en silencio hasta que mi voz lo rompió.





Me preparé para lo peor; para escucharte decir que nunca me amaste; que todo había sido parte del plan de André. Pero dijiste algo que me dolió más.





Insistí aún, tratando de retenerte.



Nos despedimos ahí, en el borde de la noche, y no te pregunté qué harías ni dónde irías. Y ahora, Coral, en mi último día en la Riviera, desde la amplia ventana del hotel alcanzo a ver la playa, a la que nunca volveré, porque sé que siempre estarás en ella, con los ojos tristes de aquel adiós.



FIN

HUMORADAS



-Jefe: la máquina esa que reemplazaba al trabajo de su cuñado volvió a descomponerse.



-Apartando todos los gastos de la casa, nos sobran cien pesos para diversiones, querida.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

¡MARÍA! ¿MARÍA?

DIBUJOS DE VOGT





El muchacho corrió por el pasillo del tren, buscando otra ventanilla para asomarse. Un hombre alto, canoso, de aspecto triste y severo, fue tras él.

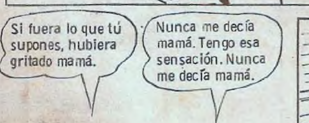














Callaron. De pronto el silencio era entre ellos dos una infranqueable muralla de barro. Luis temía perderla y la perdía sin remedio. Tenía que saber que tarde o temprano el pasado podía regresar trayendo la verdad.





Otra vez el silencio. Otra vez la necesidad de marcharse pero no irse. Estar ahí, estáticos, con una pregunta cada uno dentro de sus corazones atormentados.











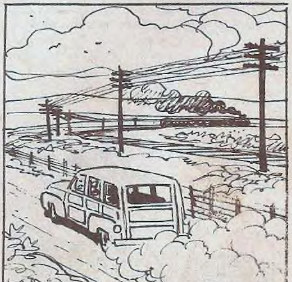
















Ni Yolanda ni Luis eran jóvenes. Ya alcanzaban los cincuenta años. Era quizá la última oportunidad de ser felices que se les presentaba; la última oportunidad de dicha que les daba su destino extraño. Todo había comenzado hacía ya dos años ...





Bajo la lluvia, entre un montón de hierros trágicamente retorcidos y de gente desesperada y de llantos histéricos y de muertos recientes, Luis Llanos encontró a Yolanda.

















No entiendo. No hubo guerra. Fue un descarrilamiento.

¿Qué ocurre? Me duele la cabeza. ¿Dónde estoy? En París se habla francés.

Usted no está en Francia. Esto es la República Argentina.

¿La Argentina? Es lejos de Madrid. Es también lejos de París.

Voy a buscar un médico. Quizá él ayude a aclarar este misterio.

Por favor. Necesito también hablar con un sacerdote...

Vinieron el médico y el sacardote. Yolanda primero lloró amargamente, dominada por una dolorosa desesperación. Luego explicó su aventura, su desgraciada aventura; lo que sabía de su extraña aventura.

Nací en Madrid. Me casé muy joven. Nació un niño a los tres años de matrimonio. Por ese tiempo, mi esposo quedó cesante en su empleo. Era tornero. La vida se hacía difícil en nuestro país. Emigramos a Francia.



"Nuestro muchacho tenía 17 años, cuando estalló la guerra contra Alemania", continuó relatando Yolanda. "Trabajaba con su padre en una fábrica de motores. Era muy nervioso".



"Cuando escuchaba las alarmas de los bombardeos se quedaba como paralizado. Se llenaba de calambres que partían de su estómago. Las piernas no le respondían. No se atrevía a dar un paso".



"Entonces mi marido lo iba a buscar y lo arrastraba hasta la casa, y los tres nos metíamos en el primer refugio antiaéreo que encontrábamos".



"Pero teníamos que estar los tres, siempre juntos los tres. Si ellos no venían, yo no salía de mi habitación. Nos queríamos entrañablemente. Eramos muy unidos. Hubiéramos deseado morir los tres el mismo día, al mismo tiempo".



"Un día ametrallaron nuestro barrio. Mi esposo y mi hijo cruzaban la plaza corriendo; venían a buscarme y los mataron. Yo salí desesperada. Corrí por la calle como una loca, bajo la lluvia, bajo las balas asesinas. No me importaba morir".





Me habían herido en la cabeza. Creo que fuí a parar a un hospital de sangre. No recuerdo nada más. De aquella herida a esta herida de ahora. He recobrado mi verdadera personalidad pero, ¿quién fuí durante todos estos años?. ¿Cómo llegué a América?



Esa era la extraña historia de Yolanda Carvajal. Luis la frecuentó mucho. Se hicieron amigos. Llegó a enamorarse de ella. Era soltero. Tenía un buen sueldo como jefe de la estación de trenes. Pero Yolanda tenía miedo en aceptar aquel amor.

-Hay muchos años en que fuí otra persona. ¿Qué hacía entonces? Tengo una idea vaga; quizá sea sólo un presentimiento. Me parece ver a un niño. Verlo crecer, hacerse muchacho. Un niño que me quería mucho...







Transcurrieron así dos años; dos años en que Yolanda hizo muchos viajes a la capital en busca de una solución de su problema. Pero no había ninguna pista. Nadie la había reclamado.



Todo se repitió un poco. La policía demostró que Yolanda había entrado ilegalmente al país. Mientras se solucionaban sus problemas, Yolanda aceptó quedarse en aquel pueblo, entrando a trabajar como mucama en el único hotel del lugar.



Fue todo un poco igual hasta aquella mañana en que desde la ventanilla de un tren rápido que había aminorado su marcha al cruzar la estación, un muchacho le gritó aquel nombre nuevo.





La camioneta de Luis entró vertiginosamente en la estación de ferrocarril de Barrancas Altas.





La camioneta que conducía Luis siguió lentamente al lujoso automóvil que comenzó a internarse por un largo camino que llevaba hacia una estancia. Yolanda iba muy encerrada en sus pensamientos.





Yolanda comenzaba a recordar. Había palidecido. Le dolía la cabeza. Todo se fue confirmando. La curva. La casona. La enorme verja de entrada.




¡María! ¿No te dije que era María, papá? Yo la vi en la última estación que cruzamos.
¡Roberto! ¡Vuelve aquí! Si María ha regresado, bien venida, pero que entre por la puerta que le corresponde. Luego la atenderé...


Luis miró a Yolanda. Ella tenía los ojos rojos de lágrimas. Se había hecho la verdad. Tenía el rostro lleno de luz. Había sido una sirvienta...


Crié a ese chico cuando murió la madre. Ella era una mujer muy hermosa. La conocí en Francia. Era cantante. Colaboró con los nazis. Cuando terminó la guerra tuvo que huir.

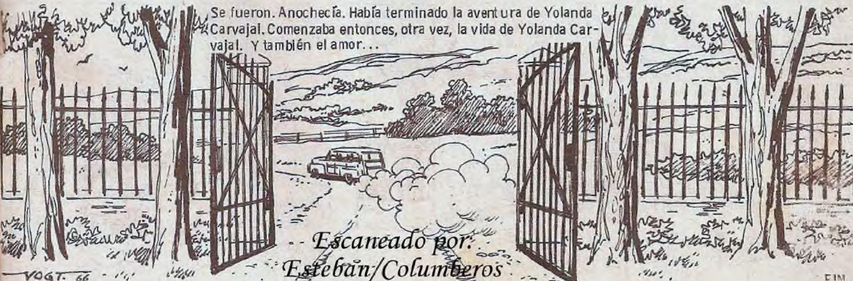

No teníamos documentos. Yo porque no sabía quién era; ella porque no podía dar a conocer su identidad para que no la detuvieran y juzgaran. Pero le quedaban amigos. Nos pasaron de contrabando por muchos países hasta que llegamos a la Argentina.


Aquí conoció a ese hombre, un estanciero rico. Se casaron pero no fueron felices. Le dio un hijo y murió cuando nació el pequeño. Me ocupé en criarlo. Me lo había pedido ella cuando estaba moribunda.


El padre tuvo siempre el mismo y tremendo orgullo. Yo fuí nada más que la sirvienta dócil y callada. Un objeto más en esa enorme casona. Nunca se dio cuenta de mi inútil y desesperado amor por él.


Hubo un corto silencio entre los dos. Luis tomó las manos de Yolanda entre las suyas.
Te dejo. Quizá te convenga quedarte aquí.


No, Luis. Llévame al pueblo. Tú me quieres bien y yo creo que voy a llegar a amarte. Dame tiempo. Tengo que olvidar muchas cosas...


Se fueron. Anochecía. Había terminado la aventura de Yolanda Carvajal. Comenzaba entonces, otra vez, la vida de Yolanda Carvajal. Y también el amor...
VOGT. 66
FIN

PÁGINA ALEGRE



-¿Qué le dice su suegra en la carta? Olvidé traer los anteojos, ¿sabe?



-Sacaré de aquí estos retratos de tu familia y pondré en su lugar algo más atractivo, querido.



-No se preocupe por la sentencia. Estoy segura que sólo le darán 20 años.



-Este despertador es completo, señorita. No sólo la despierta con el timbre, sino que también la tira fuera de la cama.

EL CORAZÓN EN LA MANO

Por CARLOS R. de PAOLI

Hacia el Sur del Salado cruzaba un hombre de a caballo, inmejorablemente aperado, y al parecer con algún apuro...

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ARANCIO

...cuando vio a lo lejos a un puñado de hombres que lucían las ropas del ejército nacional. Eran los muchachos del seis de caballería. El hombre detuvo su andar, mirándolos con emoción.



Corría 1910, y en la pampa sangrienta ya había completa paz.





Le parecía mentira. Ya no era ni esbelto como treinta años antes. Y, sin embargo, iba hacia la estancia de los Cárdenas con las grandes posibilidades que podían asistirle a un hombre joven.



Se llamaba Gabriel Francisco Pereyra, pero el remoto exteniente ahora era conocido, simplemente, por Pancho Pereyra. Reanudó la marcha hacia el Sur; hacia una ilusión que podía llegar a materializarse.

La "Huinca" era una estancia que había conocido años prósperos.



Respetaba al amigo, pero mucho más al añejo jefe de su regimiento allá por el ochenta. Al amigo, estanciero como él, le reprochaba su falta de voluntad para progresar.



Nicéforo Cárdenas, muy anciano pero muy discutidor, echaba párrafos que no conseguían torcer la opinión de Pancho Pereyra.



¡Ahorita su amigo Pereyra va intentar salvarlos de la ruina, con su permiso, mi coronel.

¡Te aprovechás porque tengo setenta y pico, contra tus lucidos cincuenta, Pancho.

El ex teniente puso el hombro al ex coronel, aunque la situación de Nicéforo Cárdenas era bastante desesperada.

Por lo menos lo peor ha pasado, don Cárdenas.



Sin gente en su campo, Nicéforo Cárdenas tuvo que limitarse a una existencia bastante humilde, mientras iba vendiendo parte de su propiedad. Su hija Teodolinda era la mayor alegría del tata viejo, pero la moza no quería casarse. -Por ejemplo el teniente Pereyra, mi viejo amigo... - insinuó esa mañana Cárdenas.

Hombre de ley, con sólido respaldo, y todavía pintón.-¿No me le daría un gusto a su tata, mijita?



"No sería pecau d'infierno", sostuvo firmemente don Nicéforo. Y así estuvo golpeando durante muchos días, haciendo la propaganda de Gabriel Francisco Pereyra.

No se olvide, mija, que él nos ayudó cuando su tata...



Teodolinda lo sabía bien. La estancia del tata no se había derrumbado merced a la cooperación del rico hacendado de "La Esmeralda". Pero de allí a quererlo como esposo...

Tu tata jamás te hablaría pa mal, mujer. ¿No?



Veía a su hija desmejorándose, como un durazno olvidado en un rinconcito del árbol, y pasado de maduro.

(¿Y si llegás a morirte, Nicéforo Cárdenas?)



Pese al gesto de disgusto de Teodolinda, y a la áspera contestación del ama doña Brígida, el coronel Cárdenas se puso al habla con Pereyra, mandándole un recado "urgente"...



...y en la mañana siguiente, Pereyra se largó para la estancia desmantelada de su ex jefe. Se había vestido como para un día patrio, y asi enjoyó a su tostado. Así cruzó la pampa en paz...



...regodeando la vista con la visión de aquellos esbeltos muchachos de la caballería nacional. Su "antigua y querida arma".

(¡No te distraigas y apurá la marcha, Pereyra!)





Don Nicéforo había salido hasta muy cerca. No se encontraba en las casas. Teodolinda dijo a Pereyra que tomara asiento bajo el emparrado, y así lo hizo el estanciero.



Pereyra recordó cuando ella, de gurisita, lo llamaba "Panchito". -¡Panchito de acá y de allá! ¡Cómo pasa el tiempo! La contempló un rato. Teodolinda ya tampoco era una criatura.









-Tuve un diferendo con su padre, por eso estamos algo distanciados, pero el muchacho es de ley, y yo lo apreciaba. ¡Debe estar haciendo carrera el Julián! La mirada azul de la mujer se había perdido en la distancia. Campo afuera.









Hubo una breve pausa, y ella dijo, nerviosamente:-¡Es necesario que usted y yo hablemos, señor Pereyra! Mi padre lo ha mandado llamar para que entre yo y... No pudo continuar. El rubor le asaltó con tal fuerza que la hizo alejarse del hombre.



Había sido como un grito de dolor. Algo que lastimó a Gabriel Francisco. Era como si ella hubiera di - cho:-Mi tata no me quiere soltera. De cualquier forma, ese habría sido el estilo de Cárdenas.



Después del primer asombro, la miró con simpatía. -Serenemos las cosas, Teodolinda. Esto es grave y yo no quisiera...



"¡Nunca diría cosa semejante! ¡Al contrario! Pero es que, así como así, no se pueden dirigir las vidas humanas! -, intentó explicar Pereyra, dando a Teodolinda la medida de su respeto.

Ella agregó:-Es una resolución terminante, de parte de tata.



Advirtió que algo grave cruzaba por la mente de ella. No se atrevió a seguir preguntando.



Decidido como ante el salvaje pampa, allá por los bravos años de los malones, Nicéforo Cárdenas se acercó a Pereyra.



El ama de llaves, doña Brígida, dijo por lo bajo:-¿Cuándo van a entender que son un par de viejos fuera de acción?- El ex coronel y el ex teniente, reiniciaron los recuerdos del pasado, indudablemente llenos de gloria...



...pero no les resultaba práctico, treinta años después.



Cárdenas había llevado el tema a un elogio del viejo amigo.



Alzó el índice, agregando:-¡Aquí, como lo ves a Pereyra, no le cortás la cabeza por menos de medio millón de patacones!




"¿O es que ahora toma té, como la gringada?", exclamó Cárdenas, indicándole a la hija que fuera a cebar mate. Teodolinda obedeció.
¡Así me gusta! ¡Obediente de las jerarquías, mijita!


Pancho Pereyra se sintió molesto. Lo que dolía a Teodolinda, era también su dolor. Incluyendo aquello que no conseguía descifrar. Lo oculto entre los sentimientos de esa moza "que tenía que casarse". "¿Por qué no se la mandan ansina?", pensó.


El coronel Cárdenas había vuelto a evocar las guerras contra el infiel. Y como Pereyra mencionara, de paso, a su sobrino el militar "que seguía la tradición de la familia", Nicéforo Cárdenas, eterno descontento, exclamó:-¡Jué perra! ¡Tiempos distintos, mi amigo! ¡Los militares de ahora...


"...son lo que se dice "hechos a dedo"! ¿Se acuerda de cuando salíamos a cara de perro pa' trenzarnos con Quillaguan o con Catriel? ¡Pero qué peliadores, mi amigo!"
¡Los de aura van al combate con la Asistencia Pública al lau, y hasta tienen enfermeras!


Pancho Pereyra atendía al coronel, pero también al llanto de Teodolinda. Lo había escuchado clarito. Y volvió a preocuparle.
(De cualquier manera tu deber es... volver.)


Su corazón le exigía volver. Además Pancho Pereyra estaba profundamente encariñado con Teodolinda Cárdenas.
(¡Un poco de paciencia, Pancho! Todavía ella y vos...)


Siguió haciendo como que escuchaba a don Nicéforo, repitiendo de vez en cuando:-De acuerdo, mi coronel. ¡Si usté lo dice! Y cuando Teodolinda se acercaba a él con un amargo, sonreía, tratando de que la joven leyera en el amplio libro de su corazón.


Y le bastó dos viajes más a la "Huinca" de los Cárdenas para que su sueño se convirtiera en realidad.
(¡Via casarme con ella! ¡Con Teodolinda! ¡Suerte!)


Gertrudis Pereyra, la hermana mayor que había alimentado un sueño de amor con un capitán a quien asesinaron los indios allá por el setenta y ocho, sintió una enorme emoción cuando el hermano Gabriel Francisco le dijo que iba a casarse.
Conozco todos los rincones de tu alma buena, hermano. ¿Crees que yo no comprendía...

...que nunca pensaste formar tu hogar por no dejarme sola? ¡Te sacrificabas por mí, hermano!

Animada, alegre tal vez, agregó:-La verdad, me estaba temiendo que ibas a condenarte a la soltería perpetua. ¡ Y ahora! ¡Gracias a Dios, los Pereyra no terminarán contigo, Pancho!-

¿Terminar conmigo? ¡Diande! ¡Ya vas a ver, hermana!

Poco después, y mientras la fecha del casamiento se acercaba...

Tomá. Esto lo he tejido para la novia. Espero que le agrade. Es una mañanita.

Gertrudis abrazó a Pancho.

¡Qué alegría! ¡Qué alegría!

Alegría regada con llanto, es alegría aguada, hermana. ¡Mi hermana gaucha querida!

Volando y volando por sobre los sueños que a veces mienten, Gertrudis y Pancho Pereyra ya veían una estancia repleta de pequeños. -¡Tuitos Pereyritas!-, exclamaba él.

¡Y yo seré la tía abuela que nunca gruñe, la que los malcría!

Ya veían a los muchachitos yendo al colegio, eligiendo una carrera. - ¡No, no, no! ¡Panchito será marino!-, insistía Gertrudis.

¡Es hombre e'tierra como su tata! ¡Qué marino!

Ya estaba la primavera sobre el Sur bonaerense, y el verdor de los pastos nuevos hacía brincar los corazones. Todo era actividad en la próspera estancia de los Pereyra. Y las canciones de los muchachos, ahora también brotaban como la flor de los ceibos.

¡Y ésta, en honor del futuro novio, el patroncito.

Cruzando el Salado, una partida militar se fue acercando a la estancia. Uno de los hombres, el que mandaba la partida, señaló hacia el casco de "La Esmeralda" y dijo: -Vamos a visitarlos.

Gertrudis fue la primera en ver la llegada de los militares. Y en descubrir la gallarda estampa del capitán Reynat. -¡Sobrino diablo!-, exclamó, corriendo al encuentro de Julián.

¡Pero si es la linda tía Gertrudis!

Llovieron los abrazos y los reproches:-¡Ingratón el capitán que se había olvidado del camino a "La Esmeralda"!

Le aseguro que no, tía. ¡Hay tanto que hacer en nuestro regimiento!

Entraron en la casa, hablando de muchas cosas al mismo tiempo. Y, por supuesto, del paso que iba a dar el tío Pancho. Julián no pudo reprimir una sonrisa:-¿A sus años, tía Gertrudis?

¡Recién anda por los cincuenta, muchacho loco! ¡Está en la edad de las cosas serias!

Julián pensaba que la futura esposa sería alguna de esas antiguas amistades de los Pereyra en la provincia.



Se renovaron las expresiones de júbilo con la llegada de Pancho Pereyra. Y luego de hablar un ratito de la vida militar del muchacho, que Pancho no juzgó "tan a la ligera" como lo había hecho varias veces el ex coronel Cárdenas...



Pancho miró maliciosamente a Gertrudis.







Sacó una abultada billetera repleta de dinero y papeles. Y entre éstos, una pequeña fotografía. La de Teodolinda. ¿Cuándo se la habría tomado? Julián la vio y quedó mudo de asombro. ¡Esa placa lo enviaba de un empujón a "cierta época" que no había podido olvidar!

El capitán Reynat creía estar viendo visiones. Cada vez más asombrado, y mientras Gertrudis corría hacia el comedor a preparar algo para agasajarlo, murmuró: -¡La hija del coronel Cárdenas! Se le habían caído los brazos. Mientras, Pancho demostraba una vez más la alegría que lo poseía.



También al que tenía ante sus ojos. ¡Si Pancho Pereyra hubiera visto lo que ocurría en el corazón del capitán!



Levemente sombrío, Julián Reynat había quedado contemplando una tarde lejana aunque nunca olvidada. Un camino entre árboles. Y un beso. Ella era Teodolinda Cárdenas.



Tomó asiento con una sonrisa tristona en los labios. ¡Pensar que había sido tan poco cuidadoso de aquel tesoro que ahora perdía!



Esa era la vieja visión. El tiempo había ajado un tanto el cutis rosa, y las trenzas de oro tampoco existían. Teodolinda era una mujer, y no la criatura sensitiva de entonces. Así, por lo menos, fue lo que dijo Gabriel Francisco Pereyra.



Palmeó paternalmente al oficial y tomándolo del brazo lo llevó hacia las otras dependencias de la casa.



Caía la tarde, y ya el capitán Reynat se había despedido de sus tíos. Iba a marcharse, cuando...



Gertrudis Pereyra exclamó, intrigada: -¡Viene Teodolinda sola! ¡Es raro! Pancho, iluminada su cara de luna por una sonrisa desbordante, gritó:-¡Ahorita vas a ver cómo será la futura doña Teodolinda Cárdenas de Pereyra!

Julián había quedado petrificado. Sus ojos jóvenes ya habían captado la esbelta figura de mujer que llegaba hasta ellos.



La adolescente de los años aquellos había dado paso a una mujer, no de gran carácter pero sí toda una mujer, que inclusive podía saltar al coche familiar y hacerlo rodar rápidamente por las pampas.



Pálida, muy pálida, ya se había olvidado que en los últimos días "el señor Pereyra" se había convertido en Gabriel Francisco, que iba a ser su esposo. Saltó del coche, llorando.



Gertrudis exclamó:-¡Virgen Santa! ¡Voy a buscar una manta y te acompaño, querida! Y en ese momento, las miradas de Teodolinda y Julián se reencontraron.



Los labios de ella murmuraron, huída hacia otras regiones del alma, bruscamente:-¡Julián!- Pancho Pereyra corrió también a ordenar que le ensillaran el caballo, mientras exclamaba:-¡El terrible de mi suegro! ¿Cuándo dejará de hacer locuras?





Teodolinda y Julián seguían contemplándose. Como jóvenes que eran, todo los demás del mundo no existía para ellos. Ni las obligaciones de la carrera del hombre, ni el dolor que se había abatido una vez más sobre la estancia de los Cárdenas. Eran dos estatuas jóvenes y mustias.

Ella se pasó una mano por la frente como si se sintiera desvanecer. Murmuró:-¡Dios mío! ¡Todo, todo, en este mismo día!



El sintió la imperiosa necesidad de tomarle las manos. Y de decir con toda su alma:-¿Qué hemos hecho con nuestras vidas? ¿Por qué las separamos si eso no era posible?



"¿Qué cosa no es posible?", le gritó el alma a la mujer que en un instante se había abrazado fuertemente a un recuerdo que no había muerto. Y dejó que él le hablara. Con un cariño que venía de muy lejos. Y que seguía siendo tan puro como entonces.



La silueta de Pancho Pereyra había brotado muy cerca de la pareja. Tenía un poncho en la mano -era para Teodolinda que se había venido sin nada de abrigo encima-y un rebenque rodeándole la muñeca izquierda.



¡Inútil, inútil! ¿Acaso podía engañarse así? ¡Los había visto, abrazados, fundidos en un cariño súbito, peroque tenía raíces fuertes y vivas! ¡Los había visto así!





Julián no podía ir con ellos. Tenía que presentarse en su regimiento. -De alguna manera arreglaré para acercarme al "Huinca". Es posible que antes de mañana. ¡Hasta entonces!-, dijo nerviosamente, y espoleó su pingo. Teodolinda había vuelto al coche. Gertrudis ya estaba ahí, esperando.

El coche arrancó velozmente. La mirada de Teodolinda seguía la figura del jinete que iba más veloz que el viento, como escapando de un acto que no producía más que amargura al hombre.

Después, la noche, y el largo velar junto al lecho del herido.



Había mucho más que una pierna quebrada, para desgracia de Pancho Pereyra. Su corazón, aquél corazón grandote, de criollo, que él siempre llevaba en la mano, al alcance de cualquiera, estaba como apagado por el frío chubasco de poco antes.



Le costaba mirar los ojos de Teodolinda. Ella se sentía muy segura -mucho más que antes-, y Pancho adivinó que las causas debía buscarlas en esa ilusión que se había reabierto en el alma de la mujer, que aún seguía siendo fresca flor.





El viejo coronel, el bravío sable de un pasado criollo repleto de auténtico heroísmo, aquiétose para siempre antes del amanecer. Los Pereyra se agruparon junto a Teodolinda, pero la moza supo tener comportamiento admirable. Lentamente, fue apoyando sobre el pecho del héroe muerto, las medallas...

...que iba alcanzándole la fiel doña Brígida. Pancho escuchó decir a Gertrudis: -¡Mujer de temple vas a llevarte, hermano! -, y ya no pudo resistir más. En cuanto tuvo ocasión, pasó el brazo suave sobre la espalda de la hermana "y se lo contó todo". Lo que sus ojos habían vistos horas antes...



...resignadamente, como un buen militar de antaño; que esa condición jamás moriría en Gabriel Francisco Pereyra.



Amanecía, cuando Julián llegó en brioso pinto a la estancia. Gertrudis vio al mozo saltar del caballo y entrar a las casas con paso enérgico. Teodolinda corrió a su encuentro, y abrazada a él derramó las primeras lágrimas.





Gertrudis Pereyra llegosé hasta el banco donde Pancho estaba sentado, abatido; con diez años más sobre su cuerpo, sobre sus ojos. -¡Los Pereyra morirán con nosotros, hermana! -, susurró él, acariciando a Gertrudis. -¡Ley del Cielo que no se discute! -, agregó con resignación.

"El amor estaba de lau de ellos, hermana. Un hombre grande como yo, debe entenderlos a los jóvenes. Y, además, ¿por qué no hacer un esfuercito por ellos, si son... sobrinos nuestros?", siguió diciendo el gaucho veterano, hasta que la voz se le ahogó en la garganta.



Afuera, lentamente, el disco rojizo del sol mostró su cresta, y después toda su potencia. -¡Un lindo día, Gertrudis! ¡Un día nacional, como pa' que el Cielo acoja el alma del coronel! -, musitó Pancho Pereyra. Sobre su ancho pecho de hombre bueno, Gertrudis se había dormido. Soñando con un batallón...





...de criaturas. Un sueño que podía ser. Con lo[s] sobrinos, ya que ahora no con el hermano. ¡Era ley "de Arriba" y había que aceptarla tal cual! Como siempre habían hecho los Pereyras, de[l] Salado. Los dos solterones de la estancia "La Esmeralda."

FIN

GOTITAS DE ALEGRÍA



- Me parece que la esposa que tenemos del siguiente caso, es demasiado impulsiva.



- No estoy deprimido. Al contrario. Hoy salvé a otro pobre tipo del casamiento.



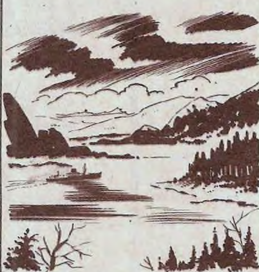
- Sin embargo, el año pasado cuando dormía la siesta en la sombra, no se quejaba.

ANGUSTIA ENTRE VIENTO Y NIEVE

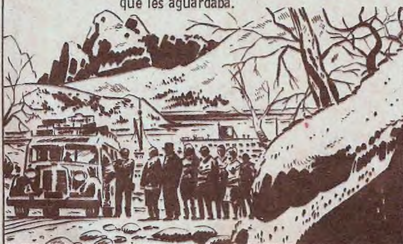
Por GONZALO HERNÁNDEZ

DIBUJOS DE J. M. PEREYRA

El barco de excursión entró en la bahía de Ushuaia en las primeras horas de la mañana. Un tibio sol primaveral contrarrestaba sólo en parte los efectos del gélido viento proveniente del Oeste. Los viajeros agolpáronse sobre cubierta para observar el magnífico espectáculo que presentaban los montes...







Cuando el ómnibus arribó al hotel, situado en las estribaciones de los Montes, Román, el guía, que hiciera el camino en el automóvil del hotel, ya estaba esperándolos.



Mirtha Cirago no era un producto de aquellas latitudes. Había sido trasplantada desde la gran ciudad del Plata, por la necesidad de hacerse cargo del hotel que le legara un pariente casi desconocido, pero generoso. Román, el guía, fue desde su llegada un consejero eficiente. Y aunque él ...



... no lo sospechase, el primer hombre que lograra despertar en su corazón el sentimiento más antiguo de la raza humana

Ya tenemos al ómnibus en la puerta. No olvide cómo debe proceder con ellos.

No lo olvidaré.



Los últimos en acercarse a la conserjería fueron los integrantes de una pareja, cuyas relaciones no parecían del todo cordiales.

Dos cuartos. Y por favor, bien separados el uno del otro.

El, sin pronunciar palabra, firmó el registro. Luego, ambos marcharon detrás del mozo que llevaba sus valijas. Román leyó el registro.

...opoldo Suárez
...rnesto Lozoya y Sra.
Juan Fernández
Atilio Gándara y Señora.

Una vez que la pareja hubo desaparecido por las escaleras, la joven dueña del hotel hizo un risueño comentario.

Parece haber tormenta conyugal, ¿verdad, Román?

Esperemos que no alboroten.



En ese instante advirtieron que el Sol, que penetraba por los grandes ventanales, dejaba de brillar. Román miró hacia el exterior.

Nuevamente tendremos nieve. Habrá que postergar las ascensiones al monte.



La práctica del alpinismo en pequeña escala, era la mayor de las atracciones pregonadas en la publicidad realizada en torno a la excursión. Román, criado en la zona, y hombre muy experimentado en la montaña, sería el encargado de conducir a los excursionistas.

La nevada que se descolgó sobre la región, prometía prolongarse de manera tal, que los viajeros no podrían abandonar el hotel.

Por lo visto, Mirtha, la tormenta conyugal no amaina.

Es verdad. Más que marido y mujer, parecen dos perfectos desconocidos.



Como si Alicia Gándara hubiese escuchado el comentario, pese a ser hecho en voz bien baja, miró hacia Román, diciendo:

¿Quiere acercarse un instante, señor guía?



Mientras Román se acercaba a la mesa ocupada por los conyuges, Mirtha sintió en su corazón la picadura de los celos.

Tome asiento, señor... ¿Cómo es su nombre?



Me interesa mucho la historia de esta zona, Román. Le agradeceré me hable de ella.

Con mucho gusto, señora Gándara. La exploración de Tierra del Fuego, se debe en gran parte ...



Román refirió durante largo rato la tarea cumplida entre fines del siglo pasado y principios del actual, por los padres salesianos José Fagnano, Alberto de Agostini y Lino Carbajal, primeros misioneros que, escalando cumbres, atravesando ríos y cruzando bosques, llevaron la palabra...

...de Dios a los indios Onas, Yámanas, etc. y aportaron valiosos datos sobre la topografía de la región. Finalizaba cuando Mirtha anunció:



Lejos estaba Román de imaginar lo que vendría después de su conversación con Alicia Gándara, sobre todo cuando ésta le pidió:



Al intentar excusarse miraba hacia donde Mirtha, que mientras dirigía al personal, no dejaba de observarlo.



La joven permitió que Román se retirara. Apenas se hubo alejado Atilio Gándara, que hasta entonces no despegara los labios, acusó:



"... mirar a ese hombre como a un intruso! ¡Estoy segura de que todo el mundo lo advirtió!"



Ella se expresaba en voz baja, aunque firme, mientras él iba levantando el tono, llamando la atención de los presentes.



Y como él persistiera en su actitud, se incorporó y dirigiéndose a Mirtha le dijo de modo que todos escucharan:



Con paso rápido abandonó el comedor. El se incorporó a su vez y la siguió, ordenando:



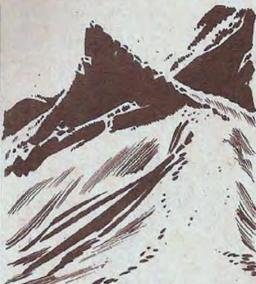
Tres días se prolongó el temporal. El cuarto amaneció despejado y frío. Los excursionistas solicitaron iniciar las ascensiones.







Se trataba de escalar la punta más alta de los montes, distantes unos diez kilómetros de Ushuaia, y que se alza en forma de roca piramidal, por sobre un glaciar que cubre las paredes terminales de una angosta cuenca. No era tarea difícil, y en cinco horas de escalamiento, podía ser coronada.









Ante el asombro general, Atilio Gándara expresó con marcada petulancia: El que tema seguir adelante, que se quede. Mi esposa y yo vamos a escalar, aún sin la ayuda del guía. Al mencionar a Román, su voz adquirió un tono despectivo. En cambio, el guía replicó con amabilidad:
-Si ustedes desean arriesgarse, háganlo. Pero tendrán que asumir la responsabilidad de sus actos.
-¡Bah! En Suiza hemos afrontado peligros mayores sin la colaboración de nadie, ¿verdad, Alicia?






Una hora más tarde, sumamente preocupado, Román salió de la abrigada construcción. Miró hacia las alturas.


Era una locura la que cometían esas dos personas, pero nada podía hacer él para evitarlo. Dos horas después...
¿ Oyen ustedes? ¡ Parecen gritos de mujer!
¡En efecto! ¡Yo también los escuché!


El joven salió precipitadamente del refugio, seguido por todos los hombres, mientras las mujeres se miraban impresionadas.
¡Román! ¡Mi marido cayó en el glaciar!
¡Dios mío! ¿ Cómo pudo ocurrir?


Cuando alcanzamos la primera cornisa junto al glaciar, advertí que la ascensión por allí era peligrosa y se lo advertí.


¡Es una locura seguir por aquí, Atilio! ¡Nieva cada vez más y el avance será difícil!
Quizá te agrade más regresar junto a tu apuesto guía, ¿verdad? ¡ Pues hazlo! ¡Yo seguiré adelante!

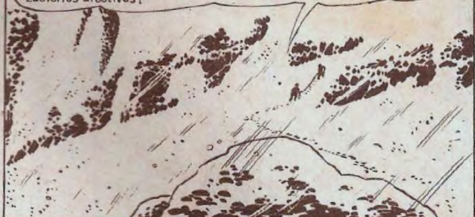

En su relato, Alicia omitió la referencia a Román hecha por su marido.
¿ Por qué tienes que ser cruel ahora? ¿No te basta como prueba de sinceridad el que te haya seguido contra toda lógica?
Es probable que lo hayas hecho para desembarazarte más fácilmente de mí. ¿Verdad que te sería muy fácil?


Te bastaría con soltarte la cuerda y pegarme con el pico en un talón. El dolor me obligaría a dejar mi asidero y me desplomaría hacia el glaciar, donde nunca sería hallado.


¿ Cómo puedes pensar tal cosa, Atilio?
Esas y muchas más, Alicia. ¡Pero no lo conseguirás! ¡Me cuidaré de ti en todo instante! ¿Comprendes? ¡Y ante el primer movimiento ...


"...sospechoso, serás tú la que vayas a parar al glaciar! Entonces, todo el dinero que atesoras será mío por derecho legal."
¿Qué estás tramando, Atilio? ¿No será que las intenciones que me atribuyes a mí, son las tuyas propias?







Sólo Dios sabe si las intenciones eran las que enrostraba a su marido, pero no debió hallarse muy lejos de la verdad, porque...























No fue sencillo izar al hombre hasta la cornisa. Esta no ofrecía base suficiente para que los nórdicos se afirmasen. Román debió buscar el borde del glaciar y ayudado por los hombres, realizar una ascensión accidentada.







La angustia había enfriado los ánimos de los excursionistas, quienes optaron por seguir al guía. Horas después, luego de que un médico urgentemente requerido a Ushuaia examinara a Atilio...





Escaneado por: Esteban/Columberos


Por unos instantes, el desconcierto dejó muda a Alicia, mientras Román y el médico, ambos presentes, aguardaban su reacción.
¡Mientes! ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puedes ser tan canalla, Atilio?


El herido insistió en sus acusaciones. Entonces el facultativo intervino para decir:
Si usted insiste en sus afirmaciones, tendré que dar intervención a la policía.
¡Hágalo, doctor! ¡Ella me empujó!


La llegada de la policía convulsionó al hotel. No tardaron en formarse dos bandos. Uno en pro y otro en contra de Alicia.
¡Debe ser cierto! ¡Ella lo quiso matar porque está enamorada del guía!
¡Pero, señora! ¡Si es evidente que el guía ama a la dueña del hotel! ¿Qué esperanzas podía albergar ella?


Nadie se preocupó de silenciar nada. Román y Mirtha no pudieron evitar de escuchar los comentarios.
Me repugna tanto chismorreo, Román. Aprovechan este desagradable incidente para colocarnos a todos en evidencia.
Es verdad. Pero yo no creo que ella haya sido capaz de tanta simulación. ¡Y ese hombre es un canalla!


¿Cómo? ¿Usted también toma partido a favor de la mujer? ¡Es evidente que su belleza influye en las opiniones!
No prejuzgue, Mirtha. Yo la vi llegar angustiada en busca de socorro para su marido. Y en cuanto ...


"...a la referencia que hace a su belleza y su influencia en el ánimo de todos, voy a tener que decirle algo."
Esperaba que transcurrieran las vacaciones para decirle algo muy importante, para mí al menos.
¡Román! ¡Me hacen daño sus manos!


El guía aflojó la presión que inconscientemente ejercía.
Perdóneme, estoy excitado por los acontecimientos. Le decía que...
...aguardaba el final de las vacaciones para decirme algo muy importante para usted.


Exacto. Pero los acontecimientos me obligan a modificar mis proyectos. Bien, para que no crea en la existencia de ninguna influencia femenina en mis opiniones, debo decirle que existe sólo una influecnaia igual para mí: ¡usted, Mirhta!







Y volviéndose hacia Román y los otros pidió:
¡Dígaselo! ¿No es verdad que pidió cuartos separados al llegar al hotel?
Sí, es verdad.











Voy a pasar por alto ese absurdo. Supongamos que usted diga la verdad. Quién llevaba la cuerda, ¿usted o su esposa?

Yo. ¡Por supuesto!

Me alegra que lo reconozca, porque en ese caso, usted debió caer con la cuerda arrollada a la cintura, ¿verdad?

No... no lo sé...yo...

"-Usted, miente, -acusó Román- ¡ En cualquier caso debió tener la cuerda unida a su cuerpo. ¡Aún cuando ella lo hubiese empujado!"

Porque de otro modo, la habría arrastrado en su caída. Pero, usted ¡se soltó la cuerda para arrojarla a ella!

¡No, no es verdad!

La cuerda, cuando llegamos a la cornisa, estaba todavía allí, donde su esposa la dejara para correr en procura de ayuda para usted, pese a que intentó matarla.

¿Está haciendo una acusación formal, Román?

Estoy expresando mi opinión, inspector. Mal puedo hacer por odio, lo que esa mujer calla por amor.

Dicho esto, Román pidió permiso al inspector y se retiró con los dos viajeros. Al quedar a solas, el policía preguntó:

¿Insiste en acusar a su esposa, señor Gándara?

No, ya no. ¡Creo que me he confundido! ¡Quizá trató de impedir mi caída!

El inspector contuvo un gesto despectivo y tras saludarle fríamente salió del cuarto del herido. Fue a ver a Alicia.

Tranquilícese, señora. Su esposo desiste de acusarla.

¡Gracias a Dios!

"Le diré algo, señora -continuó el policía-. En ningún instante la creí a usted culpable!"

Debe ser muy triste hallarse unida a un hombre como Atilio Gándara, señora.

Lo es, inspector. Pero pese a ello, no puedo evitar el sentimiento que me une a él. Lo amo, inspector, ¡pese a todo!

Transcurrieron los días, muy lentamente. Los únicos que continuaban en el hotel, eran los esposos Gándara. El resto de los turistas, realizadas las ascensiones citadas en el proyecto de excursión, habíanse marchado. Entre los Gándara existía un recelo, que Alicia...

...hallaba difícil vencer, y Atilio no ponía mucho empeño por atemperar. Alicia sufría lo indecible. Mirtha se condolió de ella.

Usted lleva una carga en su corazón, Alicia. Debe soltarla si quiere vivir.

¡No puedo, Mirtha! ¡No puedo!


Lentamente, Alicia se fue dejando vencer por las palabras amistosas de la joven. Entonces comenzó a hablar. Lo dijo todo.
Estoy pagando el precio de mi capricho, Mirtha. Sabía cómo era Atilio cuando me casé con él. Pero le amaba, y como toda mujer enamorada, confiaba en hacerlo cambiar.


¡Le creí capaz de todo por hacerse dueño de mi dinero! ¡De todo menos de llegar a lo que hizo!
¿Es decir que usted calló parte de la verdad? ¿El intentó matarla, como afirmó Román?


"Sí, Mirtha -asintió Alicia-. Cuando él quiso empujarme al abismo, luego de desprenderse de la cuerda, resbaló y cayó al glaciar".
Debió decir la verdad, Alicia. ¡Ese hombre no merece gozar de libertad!


Entonces fue cuando, Alicia, bajando la vista exclamó:
No lo merece, es verdad. Sin embargo, no puedo acusarlo. Y no por lo que puedan decir de mí. Hay una razón mucho más persuasiva que me impide llegar a tanto.


Una razón que me hace alentar nuevas esperanzas de hacer de mi marido el hombre que toda mujer sueña para esposo. ¡Dios ha puesto en mí el arma más poderosa, Mirtha!


¿Qué quiere usted decir?
Voy a tener un hijo, Mirtha. Dios querrá que ese hijo logre hacer de su padre, lo que yo tanto ansié.
Encerrado en su cuarto, a solas con sus pensamientos, Atilio Gándara, comenzaba a experimentar algo nunca sentido por él: arrepentimiento. Comenzaba recién a valorar el noble gesto de su mujer, aún sin conocer los motivos que a ella guiaban.


Finalmente, decidió hablarle con franqueza y rogarle le perdonara todo lo malo que había hecho. Más tranquilo ya, se adormeció.




La colcha de algodón no tardó en tomar el fuego de la colilla. Sólo la ausencia de viento impidió se levantaran llamas.

Una mucama que pasaba por el corredor olió el humo y trató de inquirir las causas. Abrió la puerta. Era lo que faltaba. El viento avivó el fuego y ...



La primera en escuchar los gritos de la mucama fue Alicia. Con el corazón angustiado corrió hacia el cuarto de Atilio.



Sólo una cosa podía hacerse para evitar que las llamas envolviesen el cuerpo de su marido y lo hizo.



En ese instante, acudió Román, quien levantó al yacente y lo sacó del cuarto, y mientras Mirtha atendía las quemaduras de las manos de la joven esposa, los sirvientes apagaron el fuego. Poco después, también Atilio estaba fuera de peligro.



La vida siguió su curso. Los esposos Gándara partieron y pasaron muchos años antes de volver a saber de ellos.

El año que viene contratarás un guía, Román. Ya no estás para alpinismo.

¡Insistes en hacerme más viejo de lo que soy, Mirtha!



Cuando la pareja se hubo alejado un tanto, Mirtha y su esposo oyeron decir claramente al hombre:



Se volvió hacia los esposos y les hizo llegar los saludos de Alicia y Atilio. Luego, cuando se hubieron marchado, Mirtha ironizó:

¿Qué te parece, Román? Han pasado muchos años, ¿verdad?

Creo que tienes razón, querida. Mañana mismo tomaré un guía y un administrador.

Ella lo miró extrañada.

¿Y por qué precisamente mañana?

Porque pasado volaremos rumbo a Buenos Aires a charlar con Alicia y Atilio para devolverles sus saludos y felicitarlos por. . bueno, por todo, incluido el hijo.



FIN

SIN PALABRAS









Teresa Aubert

Por CARLOS NODIER

ADAPTACIÓN

Al publicar INES DE LAS SIERRAS, el novelista francés Carlos Nodier (1783-1844) jugó el papel de precursor de la literatura de misterio. Pero no fué ése el único género que cultivó. Espíritu curioso y abierto a todas las influencias de la cultura, emigrado político, bibliotecario y animador de los primeros cenáculos románticos de París, sintió la atracción de la novela histórica. De ello es prueba la adaptación que sigue.

El manuscrito cuya copia parcial vamos a ofrecer a continuación, fué encontrado en una de las muchas casas que sirvieron de cárcel en cierta época. Habíanlo escondido debajo de una losa del piso. Los años y la humedad...



...destruyeron varias páginas y dejaron algunos claros que el editor se ha visto obligado a llenar. Su labor se ha reducido a eso, pues ha respetado hasta las incorrecciones de estilo, en consideración a la autenticidad del sentimiento que dictó la obra.

Dicho esto, pasemos al texto del hallazgo.





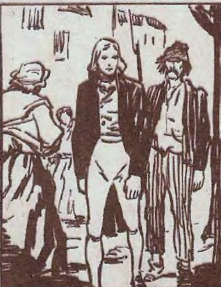


Me llamo Adolfo de S., nací en Estrasburgo el 19 de enero de 1777, y soy el último vástago de una familia noble, extinguida a tal punto que, sin haber cumplido aún los dieciocho años, soy el único sobreviviente de ella. Solo, pues, en el mundo, presumo que mi situación no ha de interesar a nadie, y escribo sin creer en posibles lectores y sin otro objeto que el de entretenerme y dar algún consuelo a mi corazón.



Las ideas políticas de mi padre hicieron que, triunfante la Revolución en Francia, tomase el camino del destierro. Lo seguí, dejando a mi pobre madre detenida en una cárcel de sospechosos. Yo tenía entonces catorce años. Dos más tarde, muerto mi progenitor, regresé a la ciudad natal.

Busqué a mi madre. ¡En vano! Supe que había muerto, pero no tuve ni siquiera el alivio de encontrar la fosa de su eterno descanso. Nuestra fortuna había pasado a manos extrañas, nuestros parientes erraban perseguidos o habían sucumbido ya, nuestros amigos...,¡ ay!, a nuestros amigos no podía yo crearles el compromiso de hacer notoria la vinculación, que podía perderlos, con el hijo de un expatriado.



A uno de ellos, que, además, había sido mi profesor de griego, lo hallé en la Plaza de Armas. Pero, ¡Dios mío!, estaba pálido, cubierto de sangre, desfigurado, amarrado al poste del patíbulo. Sin embargo, era partidario de la Revolución; mas ésta empezaba a devorar a sus propios hijos.



Cuando hice ese pavoroso descubrimiento, acababa de cambiar mi última moneda por un mendrugo, hacía un frío horrible y yo no tenía dónde guarecerme para pasar la noche que avanzaba. En mi tribulación, recordé que la hermosa señora de R., domiciliada en los alrededores de la ciudad, nos había dado albergue, a mi padre y a mí, en la víspera de nuestra partida.



Después de un viaje que agotó mis menguadas fuerzas, me atreví a llamar a su casa.

¡Por caridad, señora!... Algo para reponerme y un puñado de paja para no perecer sobre la nieve...



Me abrazó — su belleza realzada por las lágrimas —, me recomendó prudencia y me condujo a una habitación aislada, donde estaban...



...otros dos jóvenes, que padecían infortunios análogos a los míos. Me saludaron fraternalmente.



No les era desconocido el nombre de mi padre; nuestros sentimientos eran los mismos, y comunes nuestras suertes. Me ofrecieron algo más positivo que consuelos: me hablaron de grandes peligros que deberíamos afrontar, de tesoros de gloria que podríamos obtener, y yo sentí ansias de compartir su suerte, fuese la que fuere. En todas las épocas y en todas las circunstancias de la vida, es la amistad un sentimiento deliciosísimo; pero cuando brota y crece entre jóvenes heridos por nobles desgracias, constituye casi una religión.



Uno de mis nuevos camaradas tenía de dieciocho a veinte años. Era de rostro afable, aunque serio, modelo de calma, de resolución, de energía y presencia de ánimo. Se llamaba Forestier, y era hijo de un zapatero de Saumur. El otro, que trataba a Forestier con gran deferencia, era el caballero de Mondyon, y tenía mi edad, pero representaba más.

Mi estatura, mis ojos azules, el rubio claro de mis cabellos y la frescura de mi tez, herencia de mi madre y, por otra parte, característica de los alsacianos, daban a mi aspecto general, con gran desesperación mía, cierto sello femenino y cierto aire de timidez que solían hacerme pasible de bromas entre las gentes mal educadas. Mondyon, si bien no estaba entre éstas, no pudo dejar de notarlos, y con...

...el tono de franqueza que jamás lo abandonaba...

Mucho me temo que cueste trabajo convencer al general de que nuestro amigo no es una damisela disfrazada.

Yo lo convenceré, tan pronto como se presente la ocasión de verter sangre por el Rey.





Forestier sonrió y me dió un apretón de manos. Mondyon, creyendo haber ofendido mi susceptibilidad, me echó los brazos al cuello. Uno y otro acababan de distinguirse, como oficiales, al servicio de la causa de la Vendée.

El jefe vendeano — el extraordinario Enrique du Vergier, Conde de La Rochejaquelein — que, por cierto, no contaba muchos más años que nosotros, les había confiado la misión, más peligrosa que una batalla, de ir a conferenciar con los Príncipes de Borbón.



Para desempeñar la difícil misión habían tenido que atravesar toda Francia. Lo hicieron con éxito y, de vuelta, se hallaban aguardando unos pasaportes que les permitieran regresar a la Vendée. Los documentos llegaron unos días después, cuando los vínculos de nuestra amistad se habían robustecido en la intimidad creada por la vida solitaria.



Ya vestidos con los uniformes de voluntarios que la bondadosa señora de R. nos había procurado, juramos que sólo la muerte podría separarnos.



Antes de partir, nuestra huéspeda nos dió provisiones para el viaje y nos hizo prometer que volveríamos a visitarla, si lográbamos escapar de los riesgos que nos amenazarían de continuo.



Yo abrigaba la seguridad de cumplir esa promesa. ¿Por qué? Porque las primeras pruebas que el hombre afronta en la vida no amilanan; antes bien, endurecen el alma. Todo parece vasto, ilimitado como el porvenir y la esperanza, al joven que aún no ha tenido ocasión de comprobar los espejismos de su imaginación... Y todo salió, al principio, a la medida de mis deseos: pudimos cobijarnos bajo la bandera azul del Rey sin accidentes, aunque no sin obstáculos, y saboreamos la dicha de dar prórroga a ilusiones agradables.

Paso por alto detalles que me fatigaría relatar. Sólo diré que rematé con felicidad las comisiones que se me confiaron, lo que me valió, a pesar de mi extrema juventud, la confianza de los jefes realistas y el mando de una compañía.



Al frente de ésta me tocó actuar en la refriega que tuvo por escenario la ciudad de Le Mans. Todavía estaban mal cerradas las heridas que había recibido yo en algunas escaramuzas; pesaban sobre mí las fatigas de los días anteriores, y, para colmo de males, apenas principiado el desastroso encuentro, me...





...mataron el caballo que montaba, y mi espada se rompió cerca de la empuñadura. Unicamente los que vimos el desorden del ejército, el tumulto y confusión de las masas, podemos formarnos idea de la horripilante realidad de aquella jornada.

Nuestros más bravos soldados erraban por las calles, intentando inútilmente rehacer las formaciones, y aumentando con sus inciertos movimientos, sus gritos de terror y de rabia y sus estériles esfuerzos, lo pavoroso de nuestra situación.



Al fin conseguí reunir un puñado de hombres decididos, en una calle escarpada, cuyas alturas ocupaba un pelotón de republicanos, que, utilizando cuantos objetos les venían a las manos, alzaban febrilmente una barricada.



Cargué con ardor al frente de mis escasas fuerzas, animándolas con el gesto y con la voz. El enemigo, después de cierta vacilación, abandonó la barricada, mas no sin antes echar a rodar, con...



... rapidez centuplicada por la pendiente, algunos armones de artillería. Fuí herido en medio del pecho, y caí entre un montón de cadáveres.



Privado al principio de conocimiento, lo recuperé alta ya la noche. Experimentaba una sensación confusa de dolor, que poco a poco se fué haciendo más intensa, al par que recobraba mis facultades y coordinaba mis ideas.



En la penumbra del amanecer, oí palabras y ruidos metálicos, que supuse producidos por el chocar de bayonetas. Debían de ser de los republicanos, que recorrerían seguramente el lugar, para prender a los realistas escondidos, contar a los muertos y auxiliar a los que aún estuvieran con vida. Alrededor de mí, todas las casas estaban cerradas. Pero descubrí, entre los objetos empleados para alzar el parapeto, una escalera, que conseguí apoyar contra la pared.

Con más energías de las que yo mismo creía disponer, logré llegar al tejado de la casa inmediata. En ese momento, los republicanos advertían mi fuga y me disparaban una...

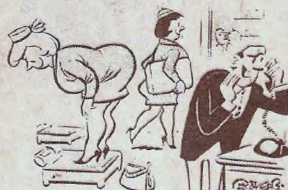


...descarga de fusilería. Las balas no me alcanzaron, pero eso no significaba que estuviera a salvo.

ALÉGRESE



- Para nosotros esto es un baúl, pero para mi esposa es sólo una valija para fin de semana.



- ¿Podría mandarme de expedición esas balanzas que pesan de menos? Tengo una clienta que va a necesitarla.



- ¡Qué raro! Qué poco tránsito hay hoy en la calle, ¿no?











Salieron, y a fe que era tiempo, pues el terror empezaba a dominar a mi compañera de lecho. Su afán por desprenderse de huésped tan comprometedor, hizo que sacrificara de buena gana uno de sus vestidos.



En contados minutos me vi disfrazado de mujer. Un fragmento de espejo colgado en la pared, me convenció de que no sería difícil engañar a los republicanos.



Poco me quedaba allí por hacer. Puse mi casaca, las pistolas, el puñal y otras pocas prendas personales en un pañuelo rojo, y tomando el lío...



...deposité en la frente de la niña un beso de gratitud, más expresivo que mil discursos, y me lancé a la calle.



Yo no conocía la ciudad. Me abandoné, pues, al azar, dejando que mi instinto me orientara en la dirección que deberían haber seguido mis camaradas. No tardé en ver el campo. ¡Era la libertad!... Mas, apenas lo hube pensado, surgió...



...ante mí, salido no sé de dónde, un soldado que me detuvo.

¡Alto, muchacha! Por aquí no se pasa sin ser reconocida. Entra en ese local.



Allí había mujeres afligidas y niños separados de sus padres, que aguardaban que se decidiera su suerte.



El que parecía jefe me miró sin mayor atención. —¿Eres facciosa? — me preguntó.

Contesté negativamente, en tanto que, maquinando una justificación, evocaba mis conocimientos de las gentes del país.



¡A ver tus documentos!

No los tengo. Soy hija del molinero Pourtois, que ha muerto defendiendo a la república contra los facciosos. Como...

...«nuestra familia es muy numerosa y necesitada, vine a Le Mans con objeto de encontrar una casa donde servir. Llegué ayer, horas antes de la batalla. El terror se apoderó de mí. Me escondí, y he salido para regresar a mi casa o buscar otro destino...»



¿Del molinero Pourtois?... ¡Puede ser!... Que la lleven al presidente Aubert, que es del pueblo de Pourtois. Él la reconocerá, si la mocita no ha pretendido engañarnos.



El presidente Aubert, que se hallaba en un extremo de la sala, se había vuelto. Un sudor helado bañó mi frente. Recobré, sin embargo, la tranquilidad — quizá porque mis desgracias me daban escaso apego a la vida — y recibí de aquel hombre una mirada compasiva y triste, que jamás he podido olvidar. Tal vez su ánimo quedó suspenso en breve incertidumbre, ya resuelta...



...cuando, sonriendo con dulzura, me dió un afectuoso golpecito en la mejilla.

¿Conque tú por aquí, mi pobre Antonieta? ¡Qué miedo has debido pasar!



AHORA RÍASE



- No, todavía no estoy lista. Necesito tiempo para llorar y volver a maquillarme y Enrique todavía tiene que pedirme perdón, afeitarse y vestirse.



- ¿No te lo dije? Cuando las cosas empiezan a salir mal ...

Yo me habría arrojado a los pies de mi bienhechor y besado sus manos con reverencia, si no hubiese pensado que eso era perderlo a los ojos de sus subordinados. Sin duda él leyó en mi semblante parte de lo que yo sentía. Comprendí por primera vez que las opiniones contrarias no excluyen los sentimientos de humanidad y de justicia, y condené la severidad de juicio que hace de cada adversario un monstruo de vicios y de crímenes. ¡Oh, cuán sinceramente me prometía consultar en lo sucesivo los principios de benevolencia y de piedad, antes de ceder a la impresión determinada por los odios de partido!

Durante mis reflexiones, el señor Aubert había escrito un billete, que selló, firmó y puso en mis manos.

Puesto que estás resuelta a servir, he pensado que lo más conveniente será que lo hagas en mi casa, junto a mi hija. La muerte de su madre ha dejado un vacío que sólo podrá llenar ...



...«una intimidad tierna. Su abuela está inválida, y el excesivo aislamiento de mi hija me inquieta. Hace tiempo que pensaba darle una compañera de tu edad, que es la de ella. Mi Teresa te acogerá como una hermana y te tratará como tal. Ya sabes que desde el principio de la guerra vivimos en nuestra quinta de Sancy, junto al Sarthe. Como no sabrías llegar sola hasta allí, y, por otra parte, tu sexo» ...

...necesita protección, te acompañará este hombre de mi absoluta confianza.



Yo escuchaba con los ojos bajos, procurando no mostrar toda la agitación que dominaba a mi espíritu. Cuando me atreví a levantarlos, ya el presidente ...

...había reanudado su conversación con otros circunstantes, y no parecía acordarse de mí. Intima y fervientemente pedí a Dios que derramase sus bendiciones sobre él y sus seres amados, y me dispuse a seguir al guía.



No diré que inicié la marcha con tranquilidad. Yo no conocía a aquel hombre, y temía un interrogatorio indiscreto, propio, por lo demás, de las circunstancias que estábamos viviendo. Pero pronto comprendí que tales temores eran infundados, y que el presidente Aubert tenía razones de sobra para acordar su privanza al aldeano, reservado y serio, que caminaba a mi vera.



Me di, pues, a urdir un plan de acción. Los grupos de fugitivos con que nos encontrábamos —casi todos gente sencilla y pacífica, que regresaban a sus hogares por considerar pasado el peligro que los había alejado de ellos— no me dejaron duda sobre la magnitud del desastre de las fuerzas realistas, ni sobre la necesidad que yo tendría de pasar cierto tiempo en algún refugio seguro, antes de poder reunirme con mis dispersos camaradas. En caso contrario, si procedía precipitadamente, corría el riesgo de embarazar los movimientos de mis amigos y de afrontar dificultades no compensadas por los resultados.



Embargado por estos pensamientos, que nada tenían de alegres ni de optimistas, llegamos insensiblemente a Sancy, pequeña población en la que se destaca la residencia del señor Aubert, con sus cuatro chimeneas blancas y sus extensos y cuidados jardines.



Durante la mayoría de los meses del año, los azahares, los enebros y el musgo son los únicos representantes de la vegetación en la zona; pero la primavera se venga de la pobreza habitual, presentándose con un lujo rara vez superado. Viene cargada de violetas, de velloritas jóvenes y de enormes cantidades de encantadoras anémonas, cuyos poblados tallos buscan los sitios obscuros y el fresco abrigo de las rocas húmedas. Este no era exactamente el cuadro que encontré; faltaban en él algunas pinceladas que lo completaran, mas, de todos modos, con él experimenté por primera vez una impresión de placer profundo en medio de la naturaleza. Tan intensa fué, que una extraña opresión apretó mi garganta, mi vista se veló de lágrimas y mis oídos recogieron rumores nuevos.

En ese estado emocional franqueé la puerta de la casa del señor Aubert...



...y me hallé en presencia de Teresa, a quien entregué la carta de su padre. No sé cómo acerté a hacerlo; porque sus ojos, al posarse francamente en los míos, me habían conmovido aún más hondamente de lo que estaba, infundiéndome una sensación de plenitud que parecía llenar todo mi espíritu.



Mentiría si dijera que Teresa era la más hermosa de las mujeres, pero sí aseguro que fué la única que pudo hacerme comprender la dicha inefable de ser amado. Aún no se había fijado ella en la carta de su padre, cuando ya sabía yo que mi destino le pertenecía por completo. La rapidez fulmínea de esta comprobación me dejó tan asombrado como la certeza de que todas las facultades de mi ser habían quedado sometidas a un sentimiento tiránico, omnipotente, a pesar de su brevísima existencia.

Entretanto, Teresa leía la misiva de su padre, y mi pasión se alimentaba contemplando sus facciones, que yo trataba de grabar indeleblemente en mi memoria, en previsión de que algún acontecimiento funesto pudiese privarme de su vecindad física.



Me parecía evidente que, desde el principio, había inspirado a aquella niña un afectuoso interés. A medida que leía, su actitud con respecto a mí tomaba otro carácter, sin variar por eso de naturaleza. Su rostro trasuntaba una turbación que aumentaba al avanzar la lectura. Diríase que sólo la timidez refrenaba las efusiones de su alma. Al acabar de leer, vino hacia mí, conteniendo las lágrimas con esfuerzo. Besó la carta, la arrojó al fuego y me rodeó el cuello con los brazos.



Quise expresar la gratitud que me poseía, pero sólo conseguí balbucear palabras confusas, como las que brotan de un hombre que sueña.

Quizá así resulté más elocuente, porque Teresa se manifestó contagiada por mi emoción.



Su pregunta me recordó que yo pasaba por mujer, y desvaneció mi dicha. Al contestar, sentí que el rubor me quemaba el rostro.



Echamos a andar hacia el aposento de la abuela. Teresa se acercó cautelosamente al sillón que ocupaba la anciana, y le tapó los ojos con las manos.





Con sus mimos, Teresa trató de desvanecer las ideas que, bien a su pesar, había suscitado en la mente de la inválida, e hizo mi presentación a media voz, con frases que no alcancé a percibir, pero cuyo sentido general me fué fácil suponer, al ver que la señora Aubert me dirigía una mirada llena de ternura.

Doblé una rodilla y oí que me bendecía, lo que no me alarmó, porque encontré en mi alma fuerzas para hacerme digno de ello, superando la involuntaria impostura que cometía.



No intentaré pintar mi situación en las primeras semanas pasadas en Sancy. Había momentos tan difíciles, que sólo la pena de perderlo todo me daba la energía y la habilidad necesarias para sortearlos. Abrumado bajo el peso de una emoción de todos los minutos, a veces temía enfermarme. Solamente una idea interrumpía de tanto en tanto la especie de ensueño en que me hallaba sumergido: Teresa y su generoso padre eran víctimas de un engaño; yo no era lo que aparentaba, y, por añadidura, alimentaba una pasión que quizá desaprobarían ambos. Con frecuencia sentía impulsos de confesar la verdad a Teresa, pero la debilidad de mi alma me retenía. Adivinaba que sus inocentes caricias representaban la postrera dicha de mi vida, y temía perderla para siempre en cuanto revelase mi secreto. Pero también pensaba que esto tendría que producirse, fatalmente, y que las prórrogas eran tan peligrosas como la verdad. Buscaba, pues, una ocasión ... y la esperaba temblando. No tardó en presentarse.



A media legua de Sancy vivía una amiguita de Teresa llamada Enriqueta. Su casa estaba situada entre chozas dispersas, barracas construídas con lava y un molino abandonado —al igual que varias de aquéllas— a consecuencia de la guerra. Teresa y Enriqueta se encontraban casi siempre en mitad del sendero que unía ambos domicilios, y, desde mi llegada a Sancy, yo participé, como es lógico, de esas entrevistas.

Un día —las almas y el paisaje bajo las influencias de la primavera naciente— encontramos a Enriqueta extrañamente melancólica.





SONRIA



- Usted no está enfermo. Está sobrio, nada más.



-¡Sorpresa, querida! ¡Te he traído el desayuno a la cama!







Tomé su mano, y con ella me cubrí los ojos, para ocultar mi turbación. Acababa de conquistar un derecho que nadie podría disputarme. Adolfo empezaba a compartir la dicha de Antonieta...

Enriqueta nos miraba con una expresión de amargura, en la que quizá había algún desdén por nuestra incomprensión. —Dichosa tú —dijo al fin —que así piensas. ¡Ojalá sólo conozcas las dulzuras de la pasión que aún desconoces! En cuanto a mí, sabes que mi familia tenía resuelto unirme en matrimonio a uno de mis primos, que realiza una brillante carrera. Yo esperaba con gusto, pero sin prisa, que se fijara la fecha de la boda. Hace un tiempo experimenté viva curiosidad cuando mi hermano mayor, llegando precipitadamente a casa, nos anunció que la misma noche arribaría un oficial, por milagro...











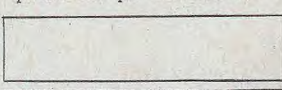








No hice más que sonreír y mantenerme al margen de la conversación, que ambas amigas continuaron con vivacidad hasta que la hora le puso término. De vuelta a Sancy, Teresa y yo anduvimos un trecho sin hablar. De vez en cuando notaba sobre mí la mirada inquisitiva de Teresa, quien, al hallarnos ya en los jardines de su casa, sentóse en un banco y me dijo con acento de reproche: —No piensas más que en tu Adolfo...









Retenía las manos de Teresa entre las mías. Las sentí temblar durante unos segundos. Luego, retirándolas violentamente, exhaló un grito y huyó de mí hacia sus habitaciones.

Como el lector supondrá, mi confesión cambió de raíz nuestras relaciones. La expresión de Teresa, siempre tan confiada y risueña, se hizo seria, casi sombría. ¿Cómo juzgaba la niña mi conducta? Eludía el quedar a solas conmigo, y yo llegué a desear la presencia de otras personas, porque así disfrutaba de la adorada compañía y recibía de ella el trato cariñoso que se complacía en seguir prodigando a su «Antonieta». No obstante, la dualidad a que me sentía condenado, llena de interrogantes, solía provocarme verdaderas crisis de dolor. Hallábame sumido en una de ellas, llorando francamente en el banco que había sido testigo de mi confesión de amor, cuando...

...experimenté en el cuello la inefable presión de los dedos de Teresa. Quería hablarme, y lo que tenía que decir la turbaba tanto como a mí el tener que escucharlo. Varias veces suspendió la frase empezada, hasta que al fin le fué posible explicarme que había recibido una carta de su padre, en la cual el señor Aubert le indicaba que yo debía volver a Le Mans.



Teresa, sabedora de que la orden tenía que apenarme, creíase en el deber de ofrecerme consuelo, y cuando yo, abatido, dejé caer la cabeza sobre el pecho, ella me echó los brazos al cuello llamándome Adolfo, con afectuoso acento. Enajenado, repetí: —¡Adolfo! ¡Dios mío! ¿Soy, por ventura, Adolfo para ti?









Trastornado de dicha, creí morir. En el tumulto de mis impresiones felices, la orden de regresar a Le Mans parecía alejarse a una distancia quimérica. Y, sin embargo, los preparativos para mi marcha estaban ultimados al día siguiente, y Teresa se disponía a acompañarme hasta la cima de la Montaña de la Cruz, por donde pasa el sendero que tenía que seguir.







Llevó una rosa a sus labios, pero se negó cuando yo busqué para los míos la caricia que le merecían los pétalos.

Teresa, voy a confesarme con tu padre. Le declararé mis aspiraciones. Creo ser digno de ti, y, si no lo soy, te juro que lo seré en el porvenir. ¿Por qué, pues, te muestras tan rigurosa en el instante de separarnos quizá por mucho tiempo?













A duras penas logré contener la explosión de mis sentimientos. ¿No sería yo la causa de la desgracia de aquel hombre, a quien me sentía doblemente obligado, por ser él mi salvador y el padre de la mujer que yo amaba? En mi interior me hice el juramento de rescatarlo de la cautividad, o perecer en la demanda. Supe, en seguida, que Dominico tenía instrucciones para hospedarme con todos los miramientos posibles, y, al otro día, el leal criado me trajo un mensaje del prisionero, a quien sólo se le permitía la visita de su antiguo servidor, y aun ésta como excepcional y precaria concesión.



Lo que me decía el señor Aubert no era muy claro, pero, interpretando a mi modo — y conforme a mis deseos — lo que tenía de enigmático, me llenó de alegría. Deduje que se hallaba próximo a recuperar la libertad, aunque no supiese cómo, y acepté de buen grado el esperar prudencialmente, ya que los propósitos concebidos a mi respecto quedaban necesariamente postergados.

RINCÓN ALEGRE



-¡Hola! Creí que llegaba justo a tiempo para almorzar.



- Sí, tenemos uno más barato de la misma calidád. Tercer piso sección ropa de muñecas.

Días después, Dominico regresó radiante y conmovido de su visita a la cárcel.

El señor Aubert ya no está allí.



En realidad, no. Pero la expresión de los esbirros no deja lugar a dudas de que el buen señor los ha burlado.



Desgraciadamente, con la buena noticia traigo otra muy penosa. Un hombre venido expresamente de Sancy me ha hecho saber que la señorita Teresa está enferma y la llama a usted.



Con el inmenso egoismo del amor, yo sólo recogí una de las nuevas que me traían esas palabras del viejo Dominico: volvería a Sancy; volvería a ver a Teresa, a estrecharla sobre mi corazón. ¿Qué importancia podía asumir su enfermedad para nosotros, que teníamos toda la vida —que era decir todá la felicidad— por delante? Con ánimo, pues, más gozoso que atribulado, hice por tercera vez el camino que ligaba a Sancy con Le Mans.



Sólo al llegar a la cima de la Montaña de la Cruz me asaltó un presentimiento vagamente tragico, y permanecí un rato contemplando las cuatro chimeneas blancas, como si ellas pudieren hablar a mi corazón oprimido. No se notaban en la quinta movimientos inquietantes. Continué mi andar con renovados brios y llegué, sin tropezar con nadie, hasta el aposento de Teresa.



Había en él mucha gente: servidores, amigos y médicos formaban un grupo apretado en torno de la cama. Al adelantarme, oí que una de las muchachas de la casa decía: —Señorita, ha llegado Antonieta.



Oí un quejido, y estas palabras, incomprensibles para mí, en las que me costó reconocer la voz de Teresa: —¿Dónde está?

La enferma, incorporada en el lecho, movía convulsivamente las manos.

¡No te acerques! ¡No te acerques si no has tenido la viruela!

La tuve hace muchos años. Nada temas por mí, querida Teresa.

Yo no estaba seguro de decir en ese momento la verdad; tampoco me importaba, pues, si de mi voluntad hubiese dependido, habría contraído la enfermedad cuyos estragos veía en el rostro adorado. El cuadro era horrible; necesité apoyarme para no caer a la vista de la transformación casi increíble que se había operado en las facciones delicadas y bellas de Teresa. Parecía la devastación de un incendio, cuyas llamas no se habían extinguido aún. Los labios, ardientes y resecos, el cutis rojo como fuego, y los ojos, los dulces, los incomparables ojos de Teresa... ¡Oh, Dios de misericordia, cómo pude sobrevivir a la más cruel de las revelaciones!

Habíamos quedado solos cuando ella me lo dijo, con voz pueril.

Ya no te veré más, Adolfo querido. Tu pobrecilla ha perdido sus ojos, los ojos que tanto ansiaban volver a verte...

No te preocupes, amor mío. Es un accidente común, que desaparece con la enfermedad.

Sonrió tristemente, sin dar crédito a mi piadosa mentira. Luego tomó mis manos, las estrechó vivamente y las alejó de sí. —Eres libre —me dijo con un hilo de voz—. La Teresa que amabas no existe ya. Nada has prometido al pobre ser que vive en su lugar; ninguna obligación tienes para con esta ciega.

Llorando, junté fuerzas para entablar la más generosa —también más sincera— querella de amor. ¿Acaso ella no me querría si yo fuese quien hubiera perdido la vista? ¿Pretendía, pues, que mis sentimientos fueran inferiores a los de ella? ¿Y no era, por lo demás, capaz de seguir viéndome con los ojos del alma? —¡Oh! —me replicó, con inocultable alegría ante la vehemencia apasionada de mis frases—. En cuanto a eso, tu eternidad me pertenece; puedes vivir y amar a otra en la tierra, pero allá en el Cielo, donde volveré a ser bella...

La penosa escena había agotado las débiles fuerzas de Teresa, quien apenas tuvo alientos para añadir que deseaba ver a un sacerdote.



Mientras un criado salía a buscarlo, supe que el estado de mi amada era gravísimo y que Enriqueta, su amiga entrañable, no estaba allí porque soportaba una desgracia aún mayor: había perdido la razón al saber que Mondyon acababa de morir en un combate con los republicanos. No puedo decir lo que sentí al choque de esa acumulación de desgracias; quizá lo que actuó para elevar mi corazón por encima de ellas, fué...

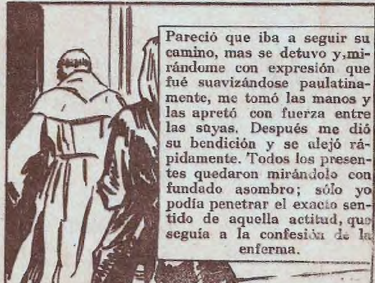


...el ver al ministro del Señor que llegaba a suministrar los sacramentos a Teresa. Enfermo, vestido de harapos, envejecido a los treinta y seis años de edad, aquel hombre parecía la personificación de la fortaleza que da la fe cuando las persecuciones y las calamidades humanas la ponen a prueba. Quise por lo menos ser digna oveja en el rebaño de ese pastor, y me prosterné.

Así permanecí hasta que el sacerdote salió de la habitación de Teresa. Con la vista velada por las lágrimas, se dirigió rectamente hacia mí.

¿Es usted Antonieta?... Teresa quiere tenerla a su lado.





UNA SONRISA



- Señorita Martha, no sé qué hará la Compañía sin usted, pero vamos a averiguarlo.



- Esto es sólo hasta que me acostumbre a trabajar en la casa...











El dolor de los otros reclamó su sitio en la cámara mortuoria. Salí, vestí mi uniforme militar y caminé al azar, hasta que una partida republicana me condujo a la prisión en que me encuentro desde hace ocho días. Mañana me juzgan y sentencian. Teresa me espera en el Cielo.

FIN



intervalo ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS de

Josephine Bernard • Cristobal M. Paz • Gonzalo Hernández
Carlos Nodier • Carlos R. de Paoli • Pedro M. Mazzino
Roy Theodore • Neal Adams • Edmundo About

HOY
EL DOCTOR ZHIVAGO
por Boris Pasternak